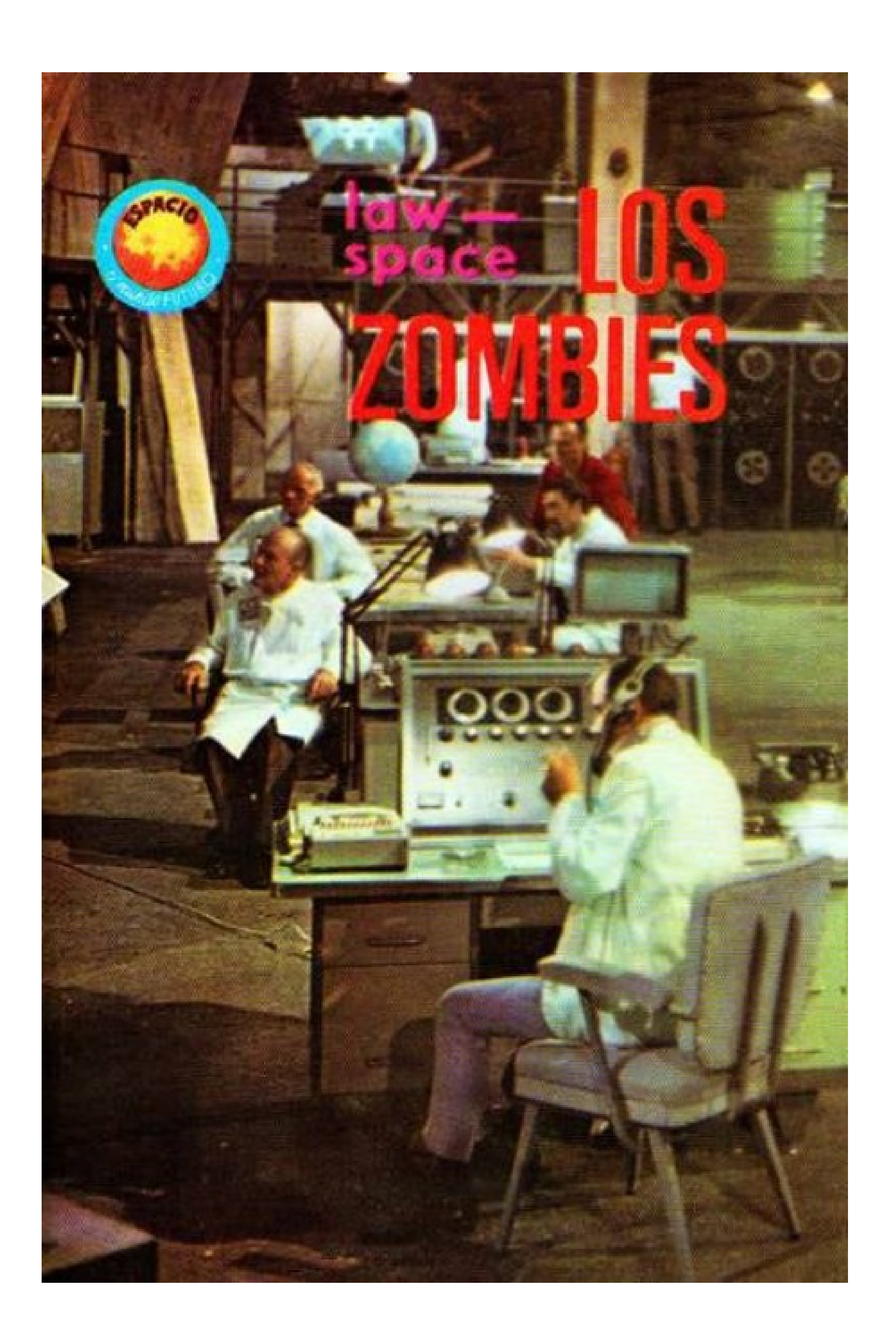

ESPACIO
law — space
LOS ZOMBIES

LOS ZOMBIES

Law Space

LOS ZOMBIES

EDICIONES TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

Portada cedida por United Artists

Depósito Legal: B - 24.450 — 1967

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Prólogo

LA mujer echó a correr. Iba gritando, desesperada, mesándose los cabellos.

Abandonó la choza y cruzó la plaza, entre las otras casas de bambú, gimiendo como un alma en pena, sobresaltando a todo el mundo. Rostros morenos, de gruesos labios, aparecieron en las puertas de las chozas.

El horizonte, en el que el sol se desangraba sobre el mar, aparecía rayado con los flecos sedosos de las palmeras.

También el hombre blanco se sobresaltó.

No era joven ni estaba sano. Pero sí que estaba dispuesto a resistir, fuera como fuese, aquella fiebre que combatía enérgicamente con quinina.

Se levantó, merced a un esfuerzo, pasándose la delgada mano por la frente sudorosa.

Le llamaban «el profesor».

Había venido de lejos, según unos de Europa, al otro lado del mar; según otros, de Estados Unidos, también al otro lado del mar.

Pero más cerca.

Era, más que delgado, huesudo. Sus ojos, siempre brillantes —¡quién sabe si de la fiebre!—, estaban hundidos en profundas cuencas. Tan menguado y macilento estaba, que muchos negros, y negras, y negritos temblaban cuando él pasaba.

—¡Parece un «zombie»! —decían.

Se incorporó y se asomó a la puerta de la choza que habitaba completamente solo.

No le importaba.

Había venido aquí, a esta pequeña isla del Caribe, para estudiar. Pero hasta ahora, a pesar de todo lo que había preguntado e investigado, no consiguió saber nada de «ellos».

De los «zombies».

La mujer, sin dejar de gritar, pasó ante la choza sin mirarle. Dos o tres negros, casi niños, la seguían.

Y el hombre blanco hizo lo que debía hacer. Sacó del bolsillo una tableta de chocolate.

Los negros se detuvieron.

—¿Qué ha pasado? —inquirió el hombre en francés.

Uno de los chicos se adelantó, mirando con fijeza la tableta de chocolate, sacando la lengua para pasearla sobre sus gruesos labios.

—Tukú ha muerto… —dijo el chico.

—¿Tukú?

—Sí. El viejo del tesoro…

El «profesor» movió la cabeza.

—Si no te explicas mejor —dijo luego—, no te daré nada.

—Voy a explicarte —se animó el negrito—. Tukú vino hace dos meses. Llegó enfermo…

—¿De dónde?

—De los Estados Unidos. Había trabajado allí durante veinte años.

—¿En qué?

—En el algodón.

—Sigue.

—Tukú vino rico. Traía una caja de monedas de oro. Su familia quiso quitársela, pero Tukú no era tonto… y escondió el tesoro…

—¿Dónde?

—Nadie lo sabe. Debió enterrarlo… Ahora ha muerto…

—¿Sin decir nada?

—Eso es. Y Aleka, su nieta, corre en busca de la «zimba»…

El profesor había oído hablar de la «zimba». Pero nunca creyó en su existencia.

¿Quién puede creer que haya alguien capaz de devolver la vida a un muerto?

—¿Para qué ha ido a buscarla?

—Para que haga un «zombie» con el viejo Tukú…

—¿Quieres decir que le devolverá la vida?

—Sí. Así Tukú hablará y dirá dónde ha ocultado el tesoro…

—Toma el chocolate. Te lo has ganado…

Seguido por sus compañeros, el negrito se alejó corriendo.

El profesor se pasó la mano por el mentón.

Un «zombie».

Eso era lo que andaba buscando hace años. Lo había leído todo. Y en su morral había un frasco con su invento, la «angionina».

—Si fuera cierto lo de la sangre… —dijo en voz baja.

Se sentó en el umbral de la choza.

No podía moverse de allí. Si era verdad lo que los chicos habían dicho, la mujer de los gritos regresaría con la «zimba».

¡Y él no se perdería jamás el espectáculo!

Muchos hombres, antes que él, habían intentado descubrir el secreto de los ritos «vudú», conocer cómo se las ingeniaban —si era cierto— para devolver la vida a los muertos.

Ahora iba a saberlo.

Encendió un cigarrillo y se puso a pensar.

Fue entonces cuando llegó a la conclusión de que lo primero que necesitaba era tener la evidencia de que el futuro «zombie» estaba verdaderamente muerto.

Se puso en pie y echó a andar.

La gente había vuelto a sus chozas. La proximidad de un cadáver les ponía nervioso, pero lo que más debía inquietarles era la cerca posibilidad de la llegada de la «zimba».

No le costó nada llegar hasta la miserable cabaña donde había muerto «el hombre del tesoro». Entró.

No había más que una raída alfombra de paja tejida. Y sobre ella, tieso como un palo, un hombre de edad indefinida —igual podía tener noventa que ciento cincuenta años—, negro como un palo quemado, delgado casi como el «profesor».

No podía dudarse de la presencia de la muerte.

No obstante, el hombre blanco se arrodilló a un lado del viejo negro. Y sin el menor pudor tiró de la camisa, inclinándose después hasta posar el oído sobre el pecho del otro.

La piel estaba helada.

El profesor prestó oído, pero ningún sonido llegó hasta él. Luego miró los labios del negro y, sacando un pequeño espejo, lo colocó delante de la boca.

Ningún vaho lo empañó.

El blanco se puso en pie.

Ahora sí que le extrañaba que la «zimba» tuviese suficientes

poderes para dar la vida a aquel «fiambre».

Quizá se tratase de un viejo truco, de algo que engañase a los negros primitivos, pero que él descubriría en cuanto lo viese.

Volvió a su choza, sentándose en el dintel.

* * *

Las dos viejas llegaron a mitad de la noche.

La pariente de Tukú iba delante con una vela encendida. Detrás, la cabeza cubierta con un velo que casi le llegaba a los pies, caminaba la «zimba».

Con un largo velo negro como las alas de la muerte.

El hombre blanco se incorporó y las siguió. De todas las chozas salieron sus habitantes en silenciosa procesión, caminando detrás de las mujeres.

Pero a respetuosa distancia.

El profesor iba a la cabeza de la comitiva.

Estaba dispuesto a no perderse ni un solo detalle. Curioso, poseía unas extraordinarias facultades de observación, hijas de sus largos y detallados estudios sobre muchos temas distintos.

Porque el «profesor»… lo era de veras.

La mujer que portaba el cirio se detuvo ante la casa del muerto. La otra, la del velo, penetró en el interior.

La multitud se detuvo medrosa.

Un silencio imposible de describir se estableció en el poblado. Ni el rumor del mar llegaba siquiera hasta allí, como si las olas, temerosas de los conjuros de la bruja negra, se arrastrasen perezosamente hacia la arena…

De repente un rumor apagado surgió de la choza.

La voz de la «zimba» poseía tonalidades extrañas, vibraciones cambiantes, un colorido amplio, una gama de sonidos curiosos, insospechados…

Tan pronto simulaba un rezo, mesurado y recogido, como su voz se alzaba en un grito que, empezando a ser humano, se perdía después en una especie aullido de lobo hambriento.

La gente había caído de rodillas y golpeaba rítmicamente, con las palmas de las manos, la tierra seca del poblado.

El ritmo fue aumentando de intensidad, se hizo veloz, impresionante, hasta adquirir una frecuencia salvaje, alucinante,

caótica…

El profesor debió apoyarse en el tronco de una palmera. La cabeza le daba vueltas.

Los gritos de la mujer eran ahora casi inaudibles; el estrépito de las manos que golpeaban el suelo lo dominaba todo, repercutiendo en el cuerpo del hombre blanco, inundándole, atravesándole…

Se vio obligado a cerrar los ojos.

Pero incluso si se hubiera taponado los oídos no habría conseguido nada, porque los sonidos no procedían ahora del aire que le rodeaba, sino del suelo.

La tierra vibraba espasmódicamente con fuertes sacudidas. Y su temblor repercutía, a través de los pies, del hombre, en su cuerpo entero, en sus vísceras, en su sangre, hasta en su corazón que, siguiendo el alocado estrépito, latía a una velocidad indecible.

Luego, bruscamente, como si todos aquellos energúmenos se hubiesen puesto misteriosamente de acuerdo, el ruido cesó. Y los lamentos. Y los gritos…

El silencio era tan hondo, tan enorme que parecía no tener dimensiones, como si el mundo entero se hubiera detenido…

El hombre abrió los ojos.

Todos los negros se habían puesto en pie. Jadeaban. El sudor hacía brillar sus rostros como zapatos recién lustrados.

Solo los ojos, en la negrura de las caras, en la negrura de la noche, lucían como parejas de luciérnagas errantes. Docenas, cientos de luciérnagas que un parpadeo parecía hacer guiñar como un latido rápido.

El hombre miró hacia la choza.

Nada parecía haber sucedido allí. La mujer, la pariente del muerto, seguía arrodillada con el cirio en la mano, única luz que extendía sus vacilantes alas hacia las tinieblas de la noche.

Bruscamente, una silueta apareció en el umbral.

La luz salpicó el largo velo negro que envolvía el cuerpo de la «zimba».

La aparición permaneció a la entrada.

Llevaba el rostro bajo, y el pliegue del velo se lo ocultaba como a esas leprosas de la antigüedad, que vagaban así por los largos y áridos valles del Egipto milenario.

La mujer empezó a andar.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis pasos.

Entonces se detuvo.

No se volvió, pero quedó inmóvil hasta que sus brazos se elevaron, arrastrando los pliegues del velo, alas membranosas de un gigantesco vampiro…

Luego reanudó su lenta marcha.

Pero los ojos del hombre abandonaron la silueta negra. Como los de los demás presentes, los suyos, los del «profesor», se clavaron en la puerta de la choza.

Una nueva silueta había surgido allí.

La mujer del cirio se puso en pie. La larga mano amarillenta de la luz se subió por la paja de la choza desde los pies de un hombre hasta su rostro.

La multitud retrocedió aterrada.

El muerto dio los primeros pasos. Adelantaba el cuerpo, inclinándolo hacia delante. Como si fuera a desplomarse. Pero en el último segundo, la pierna se movía y su torso se incorporaba como el de un muñeco mecánico.

Allí estaba el «zombie».

No pasó lejos del hombre blanco. Apenas a tres o cuatro metros.

Pero el «profesor» no se movió.

Una extraña lasitud le paralizaba.

La mujer del velo prosiguió andando, rompiendo la marcha. Detrás iba el «zombi» y luego la mujer del cirio. La luz parpadeante subía y bajaba por la espalda del viejo Tukú.

Cuando quiso seguirles no se lo permitieron. Pero el «profesor» no dijo nada. Estaba dispuesto a conocer la verdad. Aunque le costase la vida el descubrirlo.

Y lo consiguió.

Capítulo Primero

EL doctor Burke sonrió. No lo hizo espontáneamente, sino por la fuerza de la costumbre. En el fondo se preguntaba si la muchacha, después del intenso tratamiento que había recibido en la clínica, estaría ya completamente curada.

—Pase, señora Simmer…

Ella penetró en el despacho. Tímidamente. Anduvo un par de pasos, deteniéndose luego.

Sin saber qué hacer.

Ni siquiera levantó la mirada. Tenía los ojos fijos en el suelo, como si los dibujos de la alfombra reclamasen toda su atención. Con las manos cruzadas sobre el vientre, los hombros inclinados hacia delante, parecía vencida, más pequeña y mucho mayor de lo que en realidad era.

—Tome asiento…

Obedeció.

Pero, como el psiquiatra temía, se sentó en el borde mismo del cómodo sillón.

Inquieto, Burke se preguntó si aquella timidez era normal o correspondía a la tensión angustiosa de la crisis psicológica que había padecido.

Fue a sentarse tras la mesa del despacho y, distraído, echó una ojeada al encabezamiento de la historia clínica que tenía ante los ojos.

> «Deborah Simmer, veintiséis años. Casada. Nacida en Londres. Enfermedades congénitas, ninguna. Alteraciones orgánicas actuales, ninguna. Enfermedad a su ingreso: crisis emocional con alucinaciones visuales concretas, extravío mental,

> confusionismo. Se le diagnosticó una probable esquizofrenia, pero el psicoanálisis reveló una neurosis emocional sin trascendencia…
>
> «Historial de la enferma: Hace seis meses, su esposo, piloto en las líneas aéreas de la BOAC…»

No leyó más.

El resto lo sabía de memoria. Levantó la mirada, posando sus ojos sobre el rostro pálido de Deborah.

Ella había levantado también la cabeza, y la sombra de una sonrisa flotaba ahora sobre sus bien dibujados labios.

—¿Cómo se encuentra usted, señora Simmer?

Ella sonrió un poco más, pero sin gran entusiasmo.

—Estoy mejor, doctor.

—¿Sabe usted quién soy?

—Sí. El doctor Harry Burke.

—¿Conoce mi especialidad?

—Es usted psiquiatra.

—¿Sabe dónde estamos?

Deborah dudó unos instantes.

—En el frenocomio de Dartom, en los alrededores de Londres.

—Bien…

Hizo una pausa, ocupándola en encender parsimoniosamente su cigarrillo.

—Usted debe de saber lo que es un frenocomio.

—Sí.

—¿Qué clase de enfermos se reciben en él?

—Enfermos mentales.

Había llegado la pregunta peligrosa.

—¿Está usted enferma de la mente, señora Simmer?

—He debido estarlo.

—¿Y ahora?

—Creo que no.

Burke suspiró.

Todo iba bien. Al menos por el momento.

—Me alegra que esté usted restablecida…

—Gracias.

—Pero si está usted aquí, eso querrá decir que ha estado

enferma, ¿no le parece?

—Evidentemente.

—¿Recuerda lo que le pasó?

—Un poco.

Otra pregunta importante y peligrosa.

—¿Tiene miedo de que hablemos de ello?

La mirada de Deborah huyó, posándose sobre un rincón del despacho. Burke temió que el «contacto» se rompiera.

Para saber si un neurótico se ha curado hay que pasar forzosamente por el recuerdo vivo de todo cuanto ha padecido.

Es como un marino que ha naufragado, por su culpa, en unos escollos. Para curar su miedo hay que obligarle a que recorra nuevamente la ruta peligrosa.

Solo cuando se convence de que es capaz de hacerlo puede decirse que nunca más le ocurrirá el percance que provocó la catástrofe.

—¿Prefiere que no hablemos de ello?

Volvió ella la cabeza. No sonreía. Se mordía ligeramente los labios.

Estaba nerviosa, pero había un brillo de decisión en sus hermosos ojos azules que no dejó de agradar al médico.

—Sí —dijo—, prefiero hablar de ello.

Burke esbozó una sonrisa.

—Perfecto. De todos modos, si en alguna ocasión se siente molesta por lo que hablemos, me lo dice con confianza, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Empecemos… Usted se casó hace tres años…

—Sí, el 12 de mayo, en Londres.

—¿Dónde conoció a su esposo?

—En un festival aéreo. Fue dos años antes. Nos hicimos novios… Dos meses antes de la boda obtuvo Peter un puesto de piloto en la BOAC.

—Así es.

—Pasamos una semana de viaje de novios en Italia. Fue algo maravilloso.

—Lo comprendo. Permítame una pregunta, ¿quiere?

—Sí.

—¿Hubo algo, alguna vez, entre ustedes?
—¿Qué quiere usted decir?
—Algún disgustillo…
Ella alzó la cabeza; sus ojos brillaron un poco más.
—¡Nunca, doctor! Peter y yo nos amábamos. Era un hombre bueno, solo preocupado por el trabajo.
—¿Por qué no tuvieron ningún hijo?
Ella se sonrojó.
—Los deseábamos, pero ni él ni yo queríamos que nuestro pequeño viviera sin ver más que de vez en cuando a su padre. Decidimos esperar. Peter tenía el proyecto de dejar de pertenecer al personal de vuelo y pasar a la estación de Meteorología. Estaba estudiando para presentarse a los exámenes.
—Los ingresos, en ese caso, serían menores.
—No nos importaba. Con tres o cuatro años de piloto podríamos ahorrar lo necesario para comprar una casa…
—Entiendo.
—No queríamos lujos, doctor. Deseábamos vivir sencillamente… pero juntos.
Burke asintió con la cabeza.
—Ahora —dijo— vamos a entrar en la parte más delicada, señora Simmer…
—Lo sé.
—¿Seguimos?
—Sí.
—Es usted valiente, y eso me agrada. Veamos… Hace un par de meses su esposo, al llegar a Londres de un viaje a Europa, trabajaba entonces en la BEA…
Ella movió la cabeza de un lado para otro.
—Se equivoca usted, doctor. Peter no trabajó nunca en las líneas europeas. No regresaba de Europa, sino de los Estados Unidos. Siempre pilotó aviones de la BOAC.
Burke sonrió.
Estaba contento de no poder engañar a la paciente. Eso quería decir que su confusionismo mental había desaparecido por completo.
—Perdone, señora Simmer. Me había equivocado.
Ella no dijo nada.

Después de una pausa, el psiquiatra prosiguió:

—Decíamos que su esposo regresaba de los Estados Unidos. Salió del aeródromo y entonces, antes de llegar a su casa, falleció…

Deborah se puso pálida.

—Así es.

—Murió, según certificado médico, de un ataque al corazón.

—Sí.

—Lo trasladaron al Hospital de San Jorge, pero ya ingresó cadáver…

—Sí.

—¿Cuándo fue usted a verle?

—En cuanto me avisaron.

—¿Estaba muerto?

—Sí.

—¿Qué ocurrió luego?

—Me quedé junto a él toda la noche —su voz era débil, pero siguió diciendo—: A la mañana siguiente me sacaron de la habitación. Estaba deshecha… Por la tarde me había quedado dormida y tuvieron que despertarme para el entierro.

—¿Volvió usted a su casa?

—Sí. Pasé una semana sin salir. Luego, cuando mi madre vino a hacerme compañía, pensé que debía defender mi vida. Y empecé a trabajar…

—¿Por qué lo hizo en la BOAC?

—Porqué, como viuda de un piloto, me ofrecieron un empleo en el aeródromo de Londres, en el despacho de la Compañía.

—¿No le impresionó volver al ambiente en el que su marido había vivido?

—Eso creí al principio. Pero, en el fondo, me alegré. Era como si estuviese esperándole, como si supiera que iba a volver de uno de sus viajes…

El médico arrugó el entrecejo.

—Cuidado, señora Simmer. ÉL NO PODÍA VOLVER… ¿no lo entiende? ESTABA MUERTO Y ENTERRADO.

—Lo sé. No tema, doctor. Solo le explico, quizás un poco torpemente, lo que experimentaba en el despacho del aeródromo. Estaba bien; pero nunca, puede estar usted seguro, pensé realmente que PETER PUDIESE VOLVER.

—Eso está mejor.

—Yo trabajaba normalmente, procurando abstraerme en mi labor. Recuperé el buen humor y el ansia de vivir. Puede informarse, si lo desea, preguntando a Lucy, mi compañera de despacho…

Burke señaló las notas.

—Ya investigamos ese asunto.

—¿Y bien?

—Lo que dice usted es cierto. Lucy afirmó que su comportamiento era completamente normal…

—¡Ah!

Todo iba perfectamente hasta el momento.

Burke estaba satisfecho de la marcha del interrogatorio. Hasta entonces la paciente reaccionaba como lo hubiese hecho cualquier otra mujer.

Pero quedaba lo peor.

—Ahora vamos a entrar en lo más delicado, señora Simmer.

—Lo sé.

—¿Quiere que lo dejemos?

—No.

—Muy bien… Usted trabajaba en la oficina de la BOAC. Pasaron unas semanas. Y ahora llegamos al día 16 de agosto último…

Vigilaba a la mujer y vio que ella se estremecía.

«Reacción normal», pensó.

Y en voz alta:

—Eran las cuatro de la tarde. Se anunció la llegada de un avión, procedente de Nueva York, perteneciente a una nueva Compañía… la A. I. L., ¿no es eso?

—Sí. Se trataba de un «jet» de la. «American Intercontinental Lines».

—Eso es… El pasaje descendió normalmente. Luego, piloto, copiloto y radio bajaron de avión y fueron a la cantina del aeródromo.

—Sí.

—Usted también fue.

—Sí.

—¿Por qué?

—Siempre lo hacía. De vez en cuando, Lucy y yo íbamos a tomar

un poco de café o té, o a pedir un bocadillo…

—Comprendo. Usted fue a la cantina, dejando a Lucy en el despacho. Atravesó el vestíbulo, pasó por la puerta del bar y…

Ella lanzó un sollozo.

—¿Detenemos el interrogatorio? —preguntó el médico.

—No, por favor…

—Bien. Usted penetró en la cantina… y entonces vio… —hizo una pausa, elevando la voz— VIO A SU MARIDO.

—Lo creí.

—Usted LO VIO… gritó, le llamó por su nombre y se echó en sus brazos.

—Me equivoqué.

—Quisieron separarle del piloto, pero usted gritaba y gritaba diciendo que aquel hombre era PETER, SU ESPOSO. Y, sin embargo, PETER ESTABA MUERTO Y ENTERRADO.

—¡Me equivoqué!

Burke sonrió.

—Perdone que insista, señora… Ya veo que está usted convencida de que sufrió lo que nosotros llamamos una alucinación. Quizás aquel hombre se pareciese un poco a su esposo…

—No lo recuerdo. Debía estar trastornada.

—Lo malo de todo es que, dos días después, el aparato que conducía aquel hombre, que se llamaba Charles Porter, cayó al mar y se estrelló.

—¡Yo no tengo la culpa!

—Lo sé. Cálmese, señora Simmer… Todo eso ya ha pasado.

—Pero usted me dijo que fui yo la culpable, que había trastornado a ese pobre aviador…

—Fue para hacerla reaccionar.

—He sufrido mucho.

—Lo sé. Resumiendo, señora Simmer, usted afirma ahora que EL HOMBRE QUE VIO EN LA CANTINA NO ERA SU ESPOSO.

—No, no lo era.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Cómo se llamaba su esposo?

—Peter Simmer.

—¿Dónde está ahora?

—Enterrado.

—¿Quiere decir que murió?

—Sí.

—¿Es usted viuda, señora Simmer?

—Sí.

—¿Ha vuelto usted a ver a su esposo desde que fue enterrado?

—No.

Esta vez, al tiempo que se ponía en pie, Burke sonrió ampliamente.

Se dirigió hacia ella.

—Está usted curada, señora Simmer. Voy a ordenar que le den el alta. Volverá a su casa con su madre.

—Gracias.

Capítulo II

—¡VETE al diablo, Mac!

Mac se echó a reír estrepitosamente.

Era alto, casi dos metros de estatura. Fuerte come un oso. Precisamente por eso, en el equipo de descargadores, Pat, su compañero, estaba furioso.

—¡Estás completamente loco! ¡Como una chiva!

Mac seguía riéndose.

—¿Por qué? —exclamó con los ojos arrasados de lágrimas.

—Porque sí. Nada más que a ti se te ocurre prometer al capataz la descarga de este sector, donde normalmente debían trabajar cuatro hombres. ¡Y no somos más que dos!

—Yo valgo por tres.

—Tú eres una mula, lo sé. Pero no debías abusar de tu compañero. Me duelen todos los huesos.

—También cobrarás el doble esta noche.

—¿Y qué? Si sigo así tendré que gastarme el dinero en linimento… o en el hospital.

Mac puso una de sus manazas sobre el hombro de su compañero.

Casi no le llegaba a la axila. Sin embargo, Pat era un mocetón tan fuerte como todos los hombres que trabajaban como descargadores en el muelle 22.

—Me pregunto lo que vas a hacer con todo lo que te darán esta noche —dijo Pat escéptico.

El otro movió la cabeza.

—No voy a beber ni una sola gota.

—¡A otro perro con ese hueso!

—¿No me crees?

—No.

—Pues te equivocas. Y ahora voy a contarte la verdad… Ayer

conocí a una chica.

—¡Yo conozco tres docenas!

—No seas animal… No me refiero a «esas».

—No irás a decirme qué has conocido a una señorita…

—Pues así es. Una criatura estupenda… ¡con coche y todo!

—¡Bah! Debía estar borracha… o loca…

—¿Por qué?

—Porque ninguna mujer que esté en sus cabales se fijaría en un tipo como nosotros. ¡Mira cómo vamos vestidos! Nunca tenemos un dólar de más. Y cuando lo tenemos, lo gastamos en whisky…

—Pues era una mujer sensata, joven, linda y con coche…

—Un cacharro.

—Te equivocas. Un «Ford» precioso último modelo…

—¡Tú has leído un cuento de hadas!

—Te estoy diciendo la verdad, Pat. Me llevó a un restaurante de la calle 16. ¡Si hubieses visto la cara que puso aquel idiota de camarero!

—¿No te echaron a patadas?

—Seguro que pensaban hacerlo, pero ella se impuso… Comí como un lobo… Y si te dijera lo que nos sirvieron…

Pat tragó saliva.

—No me interesa.

—Ella me espera esta noche. Dijo que me llevaría a su casa…

—¡Para vaciarte los bolsillos!

—¡Qué va! Lo primero que me dijo fue que no llevara dinero. Ella pagó la comida. Treinta dólares, ¿te das cuenta?

—Y si no quiere que lleves dinero, ¿para qué has trabajado hoy como una bestia?

Mac sonrió.

—No quiero avergonzarme más —dijo, poniéndose bruscamente serio—. He encargado un traje y una camisa. También un par de zapatos. Y con lo que me sobre le compraré unas flores a ella…

—¡Pobre iluso! —rio Pat.

—Ríe, ríe cuanto quieras. Pero ya verás cómo desaparezco de aquí. Y solo vendré a verte en mi coche… Y si eres bueno, es posible que le diga a Peggy que te busque una amiguita…

—¿Peggy?

—Sí. Así se llama… ¡Si la vieses! Parece una chica de

Hollywood.

—Ten cuidado, Mac.

—¿De qué?

—De esa Peggy. Seguro que no se trata más que de un capricho. Acostumbrada, en su ambiente, a rozarse con escuálidos tísicos, ha debido encapricharse de un hombre fuerte como tú. Sucede a menudo.

—No lo creo. Es una buena chica. Quizá necesite protección. Y a mi lado no tendrá nada que temer.

—¡Ojalá no te equivoques!

Siguieron trabajando.

A Pat le dolía todo el cuerpo, pero se aguantaba. Nunca había tenido más amigo que Mac. Y en el fondo se alegraba de la extraordinaria aventura que se le había presentado a su compañero.

¿Y si fuera cierto?

La vida está llena de cosas raras. Y esas mujeres de la «alta» son caprichosas, un poco locas… pero a veces hasta buenas.

Podía ser que, arrepentida y avergonzada de su riqueza, le hubiese dado por proteger y ayudar a un pobre diablo como Mac.

Sintió un poco de envidia.

¡Diablos! ¿Por qué no le había ocurrido a él una cosa como aquella?

Sonrió.

Estaba completamente seguro de que, si Mac tenía suerte, jamás se olvidaría de su amigo Pat. Llevaban casi seis años trabajando como burros, emborrachándose juntos, durmiendo en aquella pocilga de la señora Denver, en unas camas con colchones de paja donde no recordaba que jamás hubieran sido cambiadas las sábanas.

* * *

—¿Qué te parece?

Pat quedó boquiabierto.

Después de trabajar y cobrar se habían dirigido a la tenducha del viejo judío de la calle 127 Oeste. Sí, era judío. Se llamaba Levy, Salomón o algo así…

Pat miró a Mac que, dentro de aquel traje azul a rayas, parecía otro.

—¿Qué te parece? —insistió el gigante.

—¡Estupendo!

Hipócrita, frotándose las manos, el ropavejero dijo:

—Es un traje de primera clase. Me equivoqué en el precio. Lo siento, pero tendrá que darme diez dólares más…

Mac giró sobre sus talones, bajando la cabeza para mirar al esquelético comerciante.

—¿Qué has dicho de diez dólares, asqueroso judío?

El tipo retrocedió asustado.

Se dio cuenta de que había cometido un error cuyas consecuencias podían ser imprevisibles… y muy malas y dolorosas para él.

—Ha sido una broma —balbuceó.

Mac hizo mi gesto hacia su viejo traje de trabajo.

—Y que no se te ocurra vender eso, a menos que yo te avise. Si todo sale bien —añadió sonriente— podrás tirarlo a la basura.

—Como usted ordene, señor.

Se inclinó reverenciosamente.

Mac y Pat abandonaron la tienda.

—Estos zapatos me aprietan un poco —se quejó el gigante.

—Pues no son nuevos…

—Lo parecen. ¡Y fíjate cómo brillan! Lo que ocurre es que me vienen un poco pequeños. Pero no importa. No andaré mucho…

—¡Perdone el señor! —rio el otro—. Había olvidado que le espera su coche…

—Así es.

Se encaminaron hacia la próxima boca de Metro. Cuando bajaban las escaleras, Pat dijo, sin atreverse a mirar a su compañero:

—¿Podría verla, Mac?

El gigante se detuvo, volviéndose sorprendido para mirar al otro.

—¿Verla?

—Sí.

—¿A Peggy?

—Sí.

—¡Estás loco!

—No me entiendes, Mac. Yo no deseo que me la presentes. Ya sé

que no voy vestido como tú…

—Ni aunque lo fueses.

—Entiendo. Basta con que tengas un poco de suerte para que te olvides de tus amigos.

—No es eso, hombre…

—¡Es igual!

—Escucha, Pat. Yo no quiero que creas que mi suerte se me ha subido a la cabeza. Pero compréndelo… no puedo presentarte… al menos por ahora.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces?

—Te he preguntado, sencillamente, si podía verla. Puedo estar escondido, sin que ella me vea, para observar cuando llegue y te vas en su coche.

Mac se echó a reír.

—¡Te entiendo, viejo zorro! Lo que ocurre es que no me crees y deseas comprobarlo con tus propios ojos…

—¡Oh, no…!

—Está bien. Lo has conseguido.

Habían llegado al andén y cogieron el primer tren. El Metro les llevó hasta el centro de la ciudad, hasta el corazón de Manhattan.

Cuando subían las escaleras, Mac dijo:

—Ella me ha citado en la Quinta, esquina a la 23 Este. Tú, si quieres verla, te pondrás en la otra esquina. ¿Entendido?

—Como tú quieras. Pero…

—Pero ¿qué? ¿Todavía no estás satisfecho?

—No es eso. Deseaba saber, si no vuelves mañana temprano, lo que tengo que decirle, al capataz.

—¡Que se vaya al diablo!… No… espera… Dile que estoy enfermo, o borracho, o lo que quieras… Pero no le hables nada de esto.

—Está bien.

—Si las cosas salen como pienso iré a buscarte. Puedes estar seguro de que no abandonaré al único amigo que he tenido en esta perra vida.

—Lo sé…

Se despidieron en la boca del Metro.

Mac cruzó la calle. Pat se quedó a este lado mirando a los

elegantes que circulaban por la Quinta Avenida. Ni Mac ni él solían venir mucho por aquí.

Suspiró.

Junto a la esquina, negligentemente apoyado en un buzón de correos, encendió un cigarrillo.

Vio a Mac cruzar por el paso de peatones. Estaba magnífico, tremendamente elegante. Su altura llamaba la atención y no eran pocas las mujeres que se volvían para mirarle.

«Es todo un tipo…», dijo Pat entre dientes.

Bruscamente, un coche magnífico, un «Ford» como Mac lo había descrito, se detuvo junto al borde de la acera. Pat no pudo apercibir a la persona que lo conducía, pero vio a Mac subir al coche.

Volvió a suspirar.

Le alegraba la suerte de su amigo.

Filosóficamente pensó que era muy posible que la buena fortuna de Mac repercutiese, de una manera u otra, sobre él.

No quiso tomar el Metro.

Echó a andar, calle arriba, con su pobre aspecto de haraposo personaje, en medio de la riqueza que le rodeaba. La acera estaba brillante, reflejando los anuncios luminosos de teatros, cines, salas de fiesta, ante los cuales se erguían, en sus pomposos uniformes de generales de un ejército de opereta, los porteros, que lanzaban una mirada despectiva sobre Pat.

La vida…

No había conocido otra clase de existencia que aquella tan miserable.

Un día, sin embargo, todo podía cambiar de pronto.

Y como si ya sintiese el ambiente cálido de un mundo de ensueño, Pat se subió las solapas de su raída chaqueta, pareciéndole que la burda tela del cuello se había convertido en la piel finísima de su abrigo de caballero…

* * *

Mac abrió los ojos, como platos…

El salón donde habían penetrado parecía un escenario de película lujosa.

La muchacha se quitó el abrigo de visón, dejándolo caer, con negligencia, sobre la espesa alfombra que cubría el suelo.

Luego se volvió hacia él.

—Toma asiento, Mac…

Pero al ver la expresión de asombro del rostro del hombre, sonrió, acercándose a él.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Ya te acostumbrarás. Porque vas a vivir aquí, conmigo, Mac.

Le echó los brazos al cuello.

Él la besó con pasión.

—Anda, siéntate, grandullón —le dijo ella alejándose un poco de él—. Voy a prepararte algo para beber… ¿qué quieres?

—Lo que sea.

—Bien…

Mac se dejó caer en uno de los sillones funcionales.

Cerró los ojos. Una beatífica sonrisa se pintó en sus labios. Todo aquello parecía un sueño. Y temeroso de que así fuera, volvió a abrir los ojos, agarrándose a la realidad.

—¡Si Pat pudiera verlo! —musitó entre dientes.

—¿Decías algo? —inquirió Peggy, acercándose con un vaso en cada mano.

—No, nada.

—Toma. Y brindemos por nuestro encuentro.

Le entregó el vaso, sentándose luego en el suelo, a sus pies, sobre la mullida alfombra.

—Mañana iremos al sastre —le dijo mientras pasaba su delicada mano sobre la rodilla del pantalón del hombre—. Quiero vestirte bien, Mac.

Él frunció el ceño.

—No me gustaría vivir a tus expensas…

—No lo harás. Quiero que trabajes. Mi padre tiene pozos de petróleo en Tejas…

—Eso me gusta más.

—Nunca pensé en dejarte ocioso, mi gigante. Te conozco bien y te quiero…

—Yo también te amo.

—Lo sé, pero esto no es nada comparado con lo que nos espera. En cuanto estés vestido como debes, iremos a pasar un par de semanas a Florida, antes de que te presente a papá…

La cabeza le daba vueltas.

Florida… ¿Era posible? No la había visto más que en películas, pero le parecía encontrarse allí, junto a la playa, o al borde de una piscina, en un hotel gigantesco…

La imagen de Pat le atravesó la mente, pero la rechazó casi enseguida

«No importa —pensó—. Aunque espere un par de semanas, volveré por él en cuanto pueda. El padre de Peggy tendrá miles de sitios donde colocar a mi amigo…»

—Bebe…

Bebió.

Un calorcillo agradable le invadió. Aquel whisky era, sin duda alguna, de lo mejor. Como todo lo que le rodeaba.

Poco importaba que tuviese un sabor un tanto raro. Su paladar no estaba acostumbrado a cosas delicadas, y solo había bebido el «retuerce-tripas» que vendían en las tabernas del puerto.

Los párpados le pesaban como plomo.

No quería dormirse. No por nada, aunque le gustase muchísimo la somnolencia deliciosa que se estaba apoderando de él. Pero sabía —Pat se lo había dicho— que roncaba como una foca.

Y no deseaba que ella, tan delicada, se percatase…

No había nada que hacer.

Le pareció haber soltado, dejándolo caer, el vaso vacío. Intentó abrir los ojos, pero no pudo.

Se hundía, se hundía… en un mundo placentero, maravilloso, blando y cálido como un lecho de un palacio de ensueño…

* * *

Peggy se puso en pie.

Miró, sin sonreír, el macizo cuerpo de Mac, tumbado grotescamente en el sillón.

El descargador respiraba con fuerza y no tardó en exhalar sonoros ronquidos.

—¡Canalla! —dijo ella, alejándose.

Abandonó la estancia, siguiendo un largo pasillo. Luego, al final, empujó una puerta, penetrando en una sala que había sido convertida en moderno laboratorio.

El hombre joven, con bata blanca, la miró enseguida. Pero ella

pasó a su lado sin hacerle caso alguno. Y no se detuvo hasta que estuvo junto al de más edad.

—Ya está, profesor… —dijo.

El hombre levantó la cabeza de las notas que estaba repasando.

Era calvo, como una bola de billar. Detrás de sus gafas de gruesos cristales, los ojos, azules y pálidos, se movían como peces cautivos en el interior de una pecera.

—¿Dormido?

—Como un tronco.

El hombre asintió con la cabeza.

—Vamos, Jimmy —dijo echando a andar tras la joven, sin mirar a su ayudante.

Jimmy fue hacia la derecha y empujó un carrito sobre el que había montado un complicado aparato, con tubos de cristal, conductos de goma y una especie de bomba transparente.

El cortejo atravesó el pasillo, penetrando luego en el salón donde Mac seguía roncando.

El viejo se detuvo, no lejos del sillón, mirando con curiosidad al durmiente.

Sonrió, frotándose las manos.

—Tenía usted razón, Helen —dijo—. Es un magnífico ejemplar.

—¿Cuánto? —preguntó ella, sin pestañear.

—Seis litros. Quizá más…

Entonces, la falsa Peggy frunció el ceño.

—De acuerdo. Ahora no me necesitan… Además, no podría verlo.

—Como quiera.

Ella salió del salón, cerrando la puerta con cuidado.

El hombre se volvió hacia el joven.

—Empecemos, Jimmy.

—Sí, profesor.

Acercó el carrito al sillón. Luego, sirviéndose de un bisturí afilado rasgó la manga del traje de Mac —de su traje flamante—, haciendo lo mismo con la camisa.

Un brazo peludo, enorme, fortísimo, apareció.

El joven cogió entonces el extremo de uno de los tubos de la máquina. Tanteó en la flexión del codo, en la cara interna. Luego hundió la aguja…

Volviéndose, apretó un botón en la máquina. Y la bomba comenzó a funcionar. Instantes después, la sangre penetraba en ella para ser dirigida hacia un recipiente lateral graduado.

El profesor estuvo mirando a Mac durante unos instantes; luego fue hacia el aparato, fijando su mirada miope en el nivel ascendente del líquido rojo.

—Creo que no me equivocaré.

—¿Cinco, profesor?

—Casi seis. Ya lo verá, Jimmy…

En el silencio de la estancia, solo el zumbido de la máquina se oía. Dentro de sus paredes de cristal, la bomba seguía aspirando e impeliendo.

Puf, puf… Puf, puf…

La piel de Mac fue perdiendo color, quedándose más y más pálida. Se le hundieron las mejillas, y los músculos del brazo se tornaron flácidos.

—Un magnífico ejemplar… —repitió el profesor.

—Lo menos obtendremos para seis días…

—Eso espero, pero es una lástima.

—¿El qué?

—Helen.

—¿Ha cometido algún error?

—Sí.

—¿Cuál?

—Debió de llevarle a cenar antes de traerle aquí. Se hubiese enriquecido su sangre, quizá aumentado.

—No parece desnutrido.

—Lo está. A pesar de su volumen, este hombre no ha comido bien desde anoche.

—Habrá que avisar a Helen.

—Lo haremos. No puede perderse ni una sola gota. ¿Cómo va eso?

Jimmy lanzó una rápida mirada hacia Mac.

No parecía el mismo.

Estaba blanco como el papel, y parecía como si hubiese adelgazado treinta kilos en aquellos pocos minutos.

—No falta mucho —informó el ayudante.

El profesor miraba la probeta graduada.

—¡Es terrible! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—Pasa de seis litros.

—Era un tipo enorme…

—No está mal lo que hemos obtenido esta noche. Ahora, lo que hay que esperar es el trabajo del equipo de Londres.

—¿Se conservará la sangre hasta entonces?

—¡Naturalmente! La enviaremos, por avión, mañana mismo… Ellos dijeron que tenían prisa.

Jimmy se acercó a Mac y le arrancó la aguja.

—Ya ha terminado —anunció.

—Bien. Vámonos. Pronto vendrá el equipo para llevárselo y tirarlo al río…

Jimmy recogió el tubo, empujando luego el aparato, seguido por el profesor, que caminaba tras él.

—Si tenemos la misma suerte que con el otro…

—¡Bah! Necesitaban una prueba. Ya la tienen. No creo que los de la compañía aérea quieran exponerse a un nuevo fracaso.

—Supusieron que no ocurriría así.

—Ahora ya están convencidos. Pagarán… y se les va a imponer el doble del precio inicial… para amortizar gastos…

Capítulo III

—PASO…

Inquieto, Lorenz siguió el movimiento de las manos de Bell. Este dejó las cartas sobre la mesa, cogiendo el paquete de cigarrillos. Extrajo uno, se lo llevó a los labios, lo encendió.

Lorenz miró entonces a Tompson.

—¿Y tú? —preguntó.

Al no contestó.

Era un muchacho alto, de cabellos rubios claros, casi blancos. Tenía sus ojos azules entornados, la mirada fija en las cartas que iba abriendo, poco a poco, en abanico.

Lorenz miró con envidia el montón de dinero que Al tenía ante él, sobre la mesa, al lado de los cigarrillos y del vaso de whisky a medio acabar.

—¿Y tú? —insistió con un tono amargo en la voz.

Al levantó la cabeza.

—Voy… por el momento.

Lorenz dejó de mirarle para concentrarse, una vez más, en el examen de sus cartas.

Tenía tres reyes, una dama y un nueve.

Si hubiese sido al principio de la partida, el trío de reyes habría sido suficiente. Pero después de comprobar la suerte enorme de Al, que parecía haber nacido de pie…

Frunció el ceño.

Todo dependía del descarte del otro. Por el momento, no consideraba necesario subir la apuesta. Había perdido casi tres mil dólares en lo que iba de noche. Y Bell otro tanto.

Seis mil hermosos «pavos» que se acumulaban ahora ante aquel idiota de Al Tompson.

—Yo también voy —dejó escapar entre sus dientes.

Bell, liberado por el abandono que acababa de hacer, observaba curiosamente a sus dos compañeros de juego.

Echó una mirada al pequeño montón de dinero que Lorenz tenía ante sí, preguntándose si había allí más de quinientos dólares. Quizá no llegase siquiera a esa cantidad.

La voz áspera de Lorenz le sacó bruscamente de sus cálculos.

—¿Descarte?

Al afirmó con la cabeza.

—Tres…

Y tiró tres cartas, al tiempo que Lorenz experimentaba una rabia inmensa, cerrando los labios hasta hacerse daño.

¡El muy pedante!

Porque no era otra cosa: un tipo que se atreve a seguir jugando con una simple pareja —no podía tener más—, era un estúpido, un imbécil o el presuntuoso más grande del mundo.

¡Cómo le odiaba!

No importaba nada que fueran compañeros, que trabajasen en la misma empresa, que fueran dos de los mejores pilotos de la T.W.A., que hubiesen volado juntos, hacía tiempo, cuando Al no era más que un novato al que no podían confiársele los mandos de un avión comercial.

Pero había avanzado rápidamente.

En menos de dos años se convirtió en un piloto de primera. ¡Hasta para aquello tenía suerte!

Lorenz reflexionó, pensando que si se descartaba de dos, como debía hacerlo, descubriría su juego a su adversario.

Se decidió por desprenderse de una sola carta.

La dejó sobre la mesa, cogió el mazo y, por abajo, sirvió los tres naipes de los que Tompson se había descartado. Luego se sirvió la suya, colocándola encima de las otras.

Pero no las miró.

Los ojos de Al estaban fijos en los suyos, y lo que más le molestaba e irritaba, aquella sonrisa que no había abandonado ni un solo instante los labios de Al, seguía allí, en la boca del otro… que Lorenz hubiese aplastado gustosamente de un soberbio puñetazo.

Por fin, levantó las manos e hizo que los naipes se deslizasen suavemente, los unos sobre los otros.

El nueve estaba encima. Un vulgar nueve de tréboles, sin importancia. Debajo apareció el rey de «carros», el rey de «piques» y el de «corazones»…

Detuvo el movimiento de sus dedos.

Luego, más lentamente que antes, empezó por hacer que apareciese un pico de la carta, despacio, muy despacio… mientras su corazón, por el contrario, se ponía a latir apresuradamente.

¡El rey de «diamantes»!

Estuvo a punto de gritar de alegría.

Un póquer.

¡Un maravilloso póquer de reyes!

El primero que ligaba en toda la noche. Se sintió seguro, poderoso, pero hizo, merced a un esfuerzo enorme, que su rostro no expresase el gozo que le inundaba.

Miró a Al.

Enseguida se encontró con aquellos ojos azules, en cuyo fondo brincaba la misma luz mordaz y burlona de siempre.

Ante el temor de que el otro se retirase, ahora que él había conseguido un triunfo completo, Lorenz musitó:

—Yo voy…

El silencio que siguió a sus tímidas palabras le hizo daño.

Pero casi enseguida, al tiempo que la sonrisa se acentuaba en los labios de Al, este dijo:

—Yo también…

Lorenz frunció el ceño.

Una agitación extrema se apoderó de él.

«Calma —se dijo—. No te alarmes. Es un «farol», nada más que eso. Has de ser prudente, Lorenz, muy prudente. Llevarle por la mano hacia su perdición, dejar que su fanfarronería le arrastre y abandonarle sin un solo dólar sobre la mesa…»

Empujó unos billetes hacia el centro de la mesa.

—Doscientos más…

El otro le imitó, pero su montón era un poco más y grueso.

—Tienen que ser quinientos…

Lorenz suspiró.

Las cosas marchaban como había previsto. ¡Lástima que no tuviera todo el dinero con el que empezó la partida!

—Trescientos más —dijo empujando lo que le quedaba.

Al sonrió con mayor franqueza.

No quitaba los ojos del rostro de Lorenz. Y sus dos manos, había dejado las cartas a un lado, empujaron todo cuanto poseía.

—Mi resto…

Lorenz se estremeció.

Había caído en su propia trampa. Un jugador no puede oponerse a un rival poderoso. Este puede, arriesgando su resto, cortar el juego cuando le dé la gana.

—Ya sabes que no puedo llegar —dijo entre dientes.

Al se encogió de hombros.

—Siempre hay manera de arreglarse…

—¿Qué quieres decir?

—Tu sueldo.

—¿Mi sueldo?

—Sí. Un recibo por seis mil dólares… y bastará.

Lorenz sintió perfectamente cómo le bajaban las gotas de sudor por la espalda.

Seis mil dólares significaban seis meses de trabajo.

Se preguntó, angustiado, si Al había conseguido ligar algún juego extraordinario.

¿Con una pareja?

«No seas idiota, Lorenz —le dijo una vocecilla, en su interior, cargada de desprecio—. ¡Razona, hombre! Con muchísima suerte, ha podido cazar una carta buena más… hasta dos, si quieres… ¿Qué podía tener? Una pareja de nueves… o de reinas… con lo que, al máximo, tendrá un trío o un póquer de lo mismo…»

«Hasta puedes considerar que haya conseguido, lo que sería el motivo de su decisión, un trío de ases… Nunca un póquer porque Bell, al descartarse, ha vuelto una carta sin darse cuenta… y era el as de «corazones»…»

«Bell no se ha descartado, no seas idiota, se ha retirado. Pero es lo mismo. Tú has visto ese as y, por lo tanto, Al no puede tener más que un trío de ases, si es que lo tiene…»

Suspiró.

«Lo que ocurre —siguió diciendo la vocecilla— es que sabe que no has cogido cartas buenas en toda la noche. Te sabe desesperado… y por eso abusa…»

Se volvió hacia Bell.

—Prepara el documento —le dijo.

—¿Te has vuelto loco?

—¡Haz lo que te digo!

Bell obedeció, encogiéndose de hombros. Redactó el papel, que luego, antes de dárselo a Lorenz, leyó en voz alta:

—Yo, Edward Lorenz, por el presente, admito deber a Al Tompson la cantidad de seis mil dólares, autorizándole, por este escrito, a que perciba, durante los seis meses próximos, mi nómina en la T.W.A., no teniendo derecho alguno a reclamar, prolongar o negar esta deuda. Lo que firmo y rubrico, el día tal en…»

Lorenz miró a Al.

—¿Te parece bien?

—¡De perlas! Ya puedes firmarlo.

Lorenz lo hizo, echando luego el documento sobre el dinero que había en el centro de la mesa.

Prudente, Bell dijo aún:

—Me parece una locura, Edward.

—¡Déjame en paz! —gruñó el aludido.

Luego miró a su contrincante.

—Ya no podemos apostar más.

—Así es.

—Muestra tu juego.

—Te toca a ti. Tú has hecho el último envite.

—Como quieras.

Por vez primera, quizás en toda la noche, Lorenz se permitió el lujo de sonreír.

Fue echando las cartas, una a una, sobre la mesa, anunciándolas con voz de triunfo:

—Un nueve, un rey, otro, otro y otro…

Bell lanzó un suspiro de admiración.

—¡Un póquer! ¡Has ganado, Lorenz!

Al no dijo nada.

Imitando a su adversario, fue echando las cartas sobre la mesa.

—Una reina… un as… otro… otro…

Lorenz suspiró con ansia.

Ahora sí que estaba seguro de haber ganado. Había pensado correctamente. No había más ases que aquellos tres, ya que uno había sido mostrado, inadvertidamente, por Bell, al lanzar su juego.

Tendió dos manos trémulas hacia el montón, de dinero.

—Esta vez te he vencido, AI…

—Un momento.

La última carta cayó sobre las otras.

—El «comodín» —anunció Tompson—. Eso hace que tenga póquer de ases… y gane.

Tirando la silla violentamente, Lorenz se puso en pie.

Estaba pálido como un muerto.

No dijo nada. Fue hacia donde había dejado el abrigo y se lo puso, con movimientos demasiado lentos para ser normales.

«Le mataré» —pensó—. «Juro que le mataré.»

* * *

Y salió de la estancia.

Después de mirar una vez más el letrero, Pat echó a andar, estremeciéndose.

¡No podía!

Llevaba cerca de una hora paseando por la acera, deteniéndose de vez en cuando ante la puerta del cuartel de policía. Había leído el letrero cien veces:

«Brigada 33. — Sector de los docks»

Pero no se atrevía a entrar.

Nunca le había gustado la policía. Y no era que hubiese tenido que ver con ella, pero su repugnancia, su aversión hacia los hombres de uniforme era algo con lo que había nacido.

¡Una semana que Mac había desaparecido!

Por completo. Como si se lo hubiese tragado la tierra. Y aquello amoscaba a Pat. Conocía demasiado a su compañero para dudar que, aunque se hubiera convertido en millonario, no dejaría de avisarle, aunque no fuera más que para reírse de él.

El que le hubiese pasado por la cabeza visitar a la policía no era, ni muchísimo menos, por decirles que su amigo Mac había desaparecido.

Pat no era un estúpido y sabía que no se puede importunar a los «polizontes» sin llevarles algo concreto. Son como los perros: hay que darles a oler algo para que encuentren una pista.

Y él tenía «algo».

Una matrícula de un coche, la del Ford de la misteriosa muchacha, la princesa encantada de Mac, el hada buena que iba a convertirle, de la noche a la mañana, en un hombre poderoso y rico.

¡Menuda hada buena!

Los números trotaron por la mente del hombrecillo: AL-87654986-E.S.

Sonrió, orgulloso de su memoria. No sabía lo que significaban las dos letras que precedían al número, pero sí las que le seguían.

«E.S.» quería decir «Empire State», ya que muchos coches de Nueva York se matriculan en su edificio más alto.

Lo de Peggy tenía menos importancia.

Pat estaba completamente seguro de que aquel era un nombre falso, pero no la matrícula. Ella, Peggy o como diablos se llamase, no sabía que un amigo de Mac estaba presente en el lugar de la cita, que este amigo tenía una vista de lince y una memoria de elefante.

Se decidió.

Volviendo sobre sus pasos, marchó hacia la puerta de la comisaría, subiendo los escalones no sin un cierto temblor de piernas.

Momentos después estaba ante un sargento gordo, que le examinaba, sin amenidad, desde detrás de su despacho.

—¿Qué quiere?

—Vengo a denunciar una desaparición.

—¿Su esposa?

—No, soy soltero…

—¿Su amiga? —sonrió el otro.

—No, un amigo. Un hombre que trabajaba conmigo, en el puerto.

—¿Cómo se llama usted?

—Patrick Lugan… Me llaman Pat.

—¿Y el desaparecido?

—Mac…

El policía frunció el ceño.

—¿Qué nombre es ese?

—Perdone. Yo le llamo Mac, pero su nombre completo es Fred Mac Lister.

—¿Domicilio?

—2.086, 148-Oeste.

—¿Es el suyo o el de su amigo?

—El de los dos. Vivíamos juntos.

—¿Cuándo desapareció su amigo?

—Hace una semana… El sábado pasado.

El sargento iba tomando notas en un bloc.

—¿Dónde y cómo sucedió?

Pat se armó de paciencia y relató los hechos, profusamente, con todo lujo de detalles.

El policía esbozó una sonrisa.

—¿Vio usted a la joven del coche?

—No, pero recuerdo su matrícula.

—Dígala.

—AL-87654986-E.S.

—¿Era de noche?

—Sí.

—Y usted ha dicho que se encontraba al otro lado de la avenida. ¿No es eso?

—Sí.

—A la altura de esa calle, la Quinta tiene unos cuarenta metros de ancha… ¿Seguro que vio el número?

—Sí.

—¿No se habrá equivocado?

—No.

El otro suspiró.

—Está bien. Un par de preguntas más…

—Las que usted quiera.

—¿Se drogaba su amigo?

—¡Oh, no!

—¿Bebía?

Esta vez, la voz de Pat no fue tan contundente.

—Un poco… Una botella los sábados… entre los dos.

—Ha dicho usted que se trataba de un Ford reciente. ¿De este año?

—Creo que sí. Era azul oscuro… un descapotable.

—Y la muchacha…

—No la vi. Se limitó a abrir la portezuela del otro lado, por la que mi amigo subió al coche.

—¿Qué dirección tomó el vehículo?

—Hacia el norte.

—Perfecto. Investigaremos… y le avisaremos cuando tengamos algo concreto.

—Gracias.

—Puede irse.

—Adiós.

Pat se sintió más tranquilo al abandonar la comisaría.

Si algo le había ocurrido a Mac, aquella tipeja iba a pagarlo. Y como si contase ya con la muerte de su amigo, Pat, frotándose las manos, calculó mentalmente cuánto dinero podría pedir a Peggy, a la que suponía de la alta sociedad, para no decir nada a los periódicos.

* * *

Alrededor de la mesa oblonga, los seis hombres miraban al que hacía siete y que ocupaba la cabecera de la mesa, teniendo a la espalda el retrato que le representaba, diez años más joven.

Aquel hombre era Víctor Alexander Semerland, director y propietario de las «American Intercontinental Lines», la «A.I.L.», de cuya compañía poseía el setenta por ciento de las acciones.

Los otros, accionistas también, aunque en minoría, formaban su consejo de administración.

V.A. —como le llamaban los demás— era un hombre alto, fuerte. Sus cincuenta años no le pesaban en absoluto, y era capaz de derrotar a otros más jóvenes que él en muchísimas lides deportivas, pero sobre todo en el golf.

Paseó una mirada escrutadora sobre los rostros de los reunidos.

Luego dijo:

—Usted, Dexter… su opinión.

Dexter, como los otros, tenía miedo.

Había invertido la totalidad de su dinero en las «A.I.L.», y temblaba como un palúdico a la sola idea de una bancarrota.

—Debemos tener mucho cuidado, V.A…

—No le he preguntado lo que debemos hacer… quiero conocer su opinión sobre la pérdida del «jet» AIL-77… ¿Accidente o sabotaje?

—Sabotaje.

—¿Olson?

—Sabotaje.

—¿Rummer?

—Sabotaje.

—¿Smith?

—Sabotaje.

—¿Carlen?

—Sabotaje.

—¿Anderson?

—Accidente.

Los demás se volvieron hacia el más joven de la reunión. Charles Anderson bajó la mirada.

No les extrañaba la respuesta de Anderson, ya que el joven desde hacía unos meses, cortejaba a la hija de V.A.

El patrón tosió, haciendo que los rostros se volvieran hacia él.

—Me dais asco —dijo, tuteándolos como siempre que estaba en cólera—. Pero si tenéis tanto miedo, ¿por qué no me vendéis las acciones?

Bajaron la cabeza.

Esperaban la proposición, pero no estaban dispuestos a vender. En aquellos momentos, los dividendos de la «A.I.L.» eran de los más sustanciosos de todas las compañías aéreas del país.

Un accidente no significaba nada.

Las mejores compañías del mundo los habían sufrido, en mayor cantidad. Es posible que la gente se asuste un poco, pero eso pasa. Y el público vuelve a servirse del avión porque está convencido —y para eso está el cálculo de probabilidades y la estadística— que el porcentaje de accidentes es menor que en otros medios de transporte aparentemente más seguros.

—Ya veo… —rio sarcásticamente V.A.—. Tenéis miedo, pero no estáis dispuestos a deshaceros de vuestras acciones. Sin embargo, y si lo del AIL-77 fue un sabotaje, se repetirá.

Un estremecimiento corrió por la asamblea.

—Eso es precisamente lo que deseamos evitar —dijo Dexter, haciéndose eco del sentimiento de los demás.

—¿Evitar?

—Sí.

—¿Cómo?

—Pagando si nos amenazan de nuevo.

V.A. se echó a reír.

—¡Pandilla de conejos asustados! Yo no pagaré nunca… porque estoy convencido de que la amenaza no fue nada más que la broma de un loco.

—Yo… —intentó decir Dexter.

—¡Cierra el pico, mentecato! Cuando nos amenazaron, nuestros técnicos, nuestros mecánicos, examinaron los 120 aparatos de la «A.I.L.» hasta el fondo… Había dos en el aire, pero les hicimos aterrizar de urgencia y los examinaron con lupa…

Anderson creyó llegado el momento de dar un poco de coba a su futuro suegro.

—Es cierto. No se halló nada… ni en el avión ni en el equipaje. Si esperábamos hallar una bomba, como nos dijeron, nos equivocamos.

—Así es —dijo el patrón—. No había nada, absolutamente nada.

—Sin embargo —insistió Dexter—, el AIL-77 se destrozó.

—¡Un accidente! —bramó V.A.—. El primero que hemos tenido en seis años que llevamos trabajando… ¡una proporción ridícula!

Smith, el más pálido de todos, levantó la mano derecha.

—Es verdad —dijo Alexander—. Tú has sido el que has provocado esta reunión, y todavía no nos has dicho los motivos. ¡Habla!

Los labios de Smith temblaron.

Era un hombre delgado, de aspecto macilento. Tenía la piel de color ceniza, y los ojos, oscuros, hundidos en las profundas órbitas, parecían dos animales amedrentados que brincaban, esperando la ocasión de escaparse de su encierro.

—Ocurrió anoche, V.A. —musitó—. Dábamos una fiesta en casa…

—Por eso no quieres vender tus acciones, ¿verdad? —bramó Alexander—. ¿Cuándo has vivido como ahora? Una casa en Santa Mónica… tres coches, un yate… tu mujer debe estar contenta…

—Es cierto, V.A. —balbució el hombrecillo—. Todo nos ha ido muy bien…

—¡Sigue!

—Anoche dábamos una fiesta. Acudió mucha gente. Después de media noche, un poco cansado, salí a la terraza. Deseaba respirar un

poco de aire puro…

—¡Falta te hace! Tienes una cara de desenterrado… ¡Si vinieses a jugar al golf conmigo…!

—Estaba en la terraza… y entonces un hombre se acercó a mí…

—¿Qué hombre?

—No lo conocía. En realidad, apenas si conocía a un tercio de los invitados.

—Continúa.

—El hombre era alto, fuerte. No había mucha luz y no puede ver bien su rostro… Me dijo… me dijo…

V.A. se impacientó.

—¿Qué diablos te dijo?

—Me dijo que si habíamos meditado… después de lo ocurrido al AIL-77… me dijo también que entonces no se había pedido más que medio millón, pero que muy pronto… muy pronto… pedirían un millón de dólares.

—¡Bobadas!

—No, V.A., no… Me advirtió de que iba a caer otro avión, y luego otro, si no pagábamos.

—¿Y te dejaste decir eso? ¿Permitiste que te amenazara en su propia casa? ¿No llamaste a la policía?

—No me dejó. Me golpeó, caí al suelo, aturdido… Cuando me levanté, había desaparecido.

La carcajada de Alexander repercutió en los muros insonorizados de la sala.

—¡Estabas borracho, Smith! ¡Como una cuba! Y soñaste todo eso…

Smith estaba más pálido que nunca.

—No —lloriqueó—, no lo he soñado, V.A. Ese hombre me dijo que nos llamaría esta semana…

Justo en aquel momento, el teléfono verde que V.A. tenía ante él repiqueteó con insistencia.

Capítulo IV

CON el traje de vuelo puesto, Al se acercó a la cantina, alzándose sobre el taburete vecino al que ocupaba Bell.

El barman se aproximó.

—¿Qué va a ser, señor Tompson?

—¿No ves cómo estoy vestido? Un agua tónica.

—Bien.

Bell estaba tomando un «scoth». Terminó el contenido del vaso y se volvió hacia su amigo.

—¿Sales ahora?

—Sí.

—Creí que hoy estabas libre.

—Lo estaba. Pero Curson, el del Jet-185, se casa, ¿Lo sabías?

—Había oído hablar de ello. ¿Te ha pedido que lo sustituyeses?

—Me he ofrecido yo… Es un vuelo especial… Llevamos un grupo de magistrados que van a un Congreso en París. Seis días sin volar, hasta que los traigamos por aquí. ¡Seis días de hermosas vacaciones!

—¿En París?

—¡Oh, no! Lo conozco demasiado. Voy a ir hasta Montecarlo, puesto que parece ser que tengo una buena racha. ¡Voy a intentar desbancar la mesa de ruleta!

—Lo veo difícil.

—No lo creas. Lo que se necesita es dinero… ¡y voy a ir forrado!

—¿Qué ocurrió con la deuda de Lorenz?

—De eso mismo iba a hablarte. Se la vendí a Cunnigan, el cajero, por cinco mil quinientos en efectivo…

—¿Cómo? ¿Le regalaste quinientos?

—Sí. Y lo hice con mucho gusto. Ya conoces a Lorenz: hubiese terminado por encontrar algún subterfugio para dejar de pagarme.

Ahora, como no me debe nada, ya se las arreglará con Cunnigan.

—Con ese no hay nada que hacer… es un judío… —movió la cabeza pensativamente—. No debiste hacerle eso a Edward…

—¿Por qué?

—Le he visto muy raro, desde aquella noche. Puede llegar a ser peligroso…

—¡Bah!

—Créeme, muchacho. Tú no sabes nada.

—¿De qué?

—Lorenz no debió jugar tanto aquella noche. No es como nosotros… Él está casado y no creo que le sobre el dinero.

—¿Por qué jugó, entonces?

—Estaba furioso. Y en la última partida, creía poder recuperar todo lo que había perdido…

—…Y llevarse lo mío, encima… ¡Déjate de cuentos, Bell! Cuando un hombre juega, sabe a lo que se expone.

—Todo lo que tú quieras; pero yo, en tu lugar, le hubiera hecho pagar una pequeña cantidad mensual… doscientos dólares, por ejemplo… sin agobiarle demasiado. En vez de eso, le vendes la deuda a ese cerdo piojoso de Cunnigan…

—Necesitaba dinero para ir a Montecarlo.

Bell se encogió de hombros.

—Allá tú… Yo no quisiera tener por enemigo a un hombre desesperado como Lorenz. Me habló, antes de la partida, que el mes próximo le vencía la hipoteca de la casa.

—¡Qué se arregle! No es mi problema…

Una joven cruzó la sala, acercándose al mostrador. Algunos pilotos y copilotos, que bebían en las mesas, siguieron con los ojos el balanceo inquietante del cuerpo de la mujer.

—¿Alguno de ustedes es Al Tompson? —preguntó la muchacha, cuando estuvo junto a los dos hombres.

Ambos se volvieron.

Al lanzó un silbido de admiración.

Miró el uniforme de la joven, un uniforme de azafata que no conseguía ocultar la belleza de su escultural cuerpo.

—¡Ahora comprendo por qué la «TWA» tiene tanta fama! —exclamó, sonriente.

La muchacha le imitó, mostrando una doble hilera de dientes

impecables.

—Usted debe de ser el señor Tompson.

—Llámeme Al… O llámeme como quiera, pero llámeme. Acudiré a la velocidad del sonido.

Ella seguía sonriendo.

—Se presenta la azafata-jefe de su jet. Me llamo Liz Tower…

—¡Elisabeth! —exclamó Al—. Justo el nombre de la mujer que me anunció, al echarme las cartas, una bruja maga en Nápoles. El destino nos ha unido, Liz…

—…Solo por unas horas, señor. En cuanto lleguemos a París, nuestra unión terminará… hasta seis días después.

—No diga eso… no se puede ir contra el destino. Justamente, estaba hablando con mi amigo. Tengo maravillosos proyectos en Francia… verá usted, preciosa… ¿qué le parecería si pasásemos los seis días en la Costa Azul?

—Yo no puedo permitirme esos lujos.

—No se preocupe. Está usted mirando a un hombre rico… ¿no es cierto Bell?

—Por lo menos —dijo este—, a un hombre afortunado. Diabólicamente afortunado.

La sonrisa se acentuó en los labios de Liz.

«No lo sabe él bien» —pensó—. «Será uno de los pocos hombres que morirá dos veces.»

Y en voz alta:

—En ese caso —dijo—, lo pensaré.

—¿De veras?

—De veras. Solo deseaba saludarle, capitán, y presentarme a usted.

—Usted no necesita presentación. Basta con mirarla. ¿Será usted quien atienda a la tripulación?

—Naturalmente. Mi cargo de azafata-jefe me obliga a ello.

—Bien. Me gusta el café cargado, sin azúcar…

—Tomo nota.

—¡Es usted un encanto!

—Me alegro de que me encuentre simpática. Y ahora, con su permiso, voy a prepararme para recibir el pasaje. Salimos, no lo olvide, dentro de veinte minutos.

—¡Me tendrá a sus órdenes!

—Gracias. Hasta luego. Adiós, señor Bell.

—Encantado, Liz…

Ella se alejó, seguida por la mirada ávida de todos los hombres de la sala.

Radiante, Al se volvió a su amigo.

—¿Niegas ahora que soy un hombre de suerte?

—Tienes demasiada. ¡Ojalá no te vuelva la espalda!

—No hay miedo… aunque, como has visto, la espalda no desmerece la fachada… ¡qué bombón!

—Es muy linda…

—Este viaje será el más hermoso de mi vida.

No lo sabía él bien.

* * *

A Mac, de haber estado vivo, también le hubiera parecido estupenda la azafata Liz. O la encantadora millonaria Peggy. Porque ambas no era más que la misma persona.

Pero Mac estaba muerto.

Muerto a la manera clásica. No como iba a morir —¿iba a morir verdaderamente?— el joven Al Tompson.

Muerte, vida…

Palabras que pueden carecer de significación.

¿No?

Bastaba ir a Londres, a la humilde casa —se había ido a vivir con su madre— de Deborah Simmer.

Ella hubiese podido decir muchas cosas acerca de la vida y de la muerte.

Ahora estaba curada. Se lo había afirmado el doctor Burke. Había salido, milagrosamente indemne, del «pozo de las serpientes».

Pero…

Está en la cama, arropada con el embozo hasta el mentón. Y si tiembla, se estremece y tirita, no es por el frío. No. Ha cerrado los ojos y piensa, acobardada, en cosas que ocurrieron.

Ella dijo al psiquiatra que el hombre al que encontró en la cantina del aeropuerto de Londres no era su esposo.

Pero ella sigue segura de que lo era.

¿Loca?

Es posible.

Todos, en realidad, estamos un poco locos.

* * *

Nada más abandonar la cantina del personal de vuelo, Liz, la hermosa Liz, no se dirigió hacia la sección de la «TWA».

Cruzó el amplio vestíbulo y penetró, cerrando la puerta transparente a su espalda, en una de las cabinas telefónicas que se alineaban a lo largo de la pared.

Introdujo una moneda en la ranura…

Poco después, tras la llamada que repercutió, en el auricular, una voz de hombre, nada agradable, inquirió:

—¿Sí?

—Liz.

—¿Le has visto?

—Sí. Acabo de estar con él.

—¿Y bien?

—Un fanfarrón. Será sencillo.

—¿Soltero?

—Sí.

—Así me informaron. No debemos repetir el error de Londres.

—No hay cuidado.

—Una vez en París, ¿recuerdas lo que hay que hacer?

—Perfectamente.

—Repite.

—Como quieras: debo hacerme cargo de él, después del colapso. Y llevarle a la clínica del doctor Blanchard.

—¿Dirección?

—98, avenue de Víctor Hugo.

—Bien. Pero no te hagas cargo de él hasta que el médico del aeropuerto le haya auscultado.

—Ya sé.

—El médico de Orly certificará su muerte, pero tú insiste en llevarlo a la clínica. Di que sois prometidos… el copiloto no lo negará…

—¿Es de los nuestros?

—Sí.

—¿Y la sangre?

—Camino de París, pero eso no es ya de tu incumbencia. En

cuanto lo hayas confiado a Blanchard, vuelves a tu trabajo.

—Parece que lleva mucho dinero encima.

—Eso no importa. Ya lo sabemos. Sus efectos personales y su dinero serán devueltos a la «TWA».

—Entiendo.

—Volverás con los congresistas. No hace falta que te des prisa. Simula una gran pena, pero no exageres.

—Así lo haré.

—Eso es todo…

Y cortaron.

* * *

El agente Lower, demasiado joven para tener experiencia, enrojeció delante del sargento Sulliwan.

—Le vi flotar en el Hudson, señor.

—Eso ya lo sé.

—Entonces avisé a la Brigada.

—También lo sé. Lo que deseo saber es si viste a alguien por allí.

—No había nadie, se lo aseguro. Además, según el médico, el cuerpo de ese hombre llevaba 72 horas en el agua.

—Bien. Tal como imaginaba, andaría borracho y alguien, creyendo que llevaba dinero, le atacó, degollándole con un cuchillo de cocina.

Suspiró, tendiendo un papel al agente Lower.

—Toma. Ve a buscar a este tipo. Se llama Pat. Ahí tienes la dirección. Vino a denunciar la desaparición del otro…

—¡A la orden!

* * *

Majestuoso, el *jet* sobrevolaba el Atlántico.

—Voy a llamarla… —dijo Al.

Su copiloto, Harry Well, sonrió.

—¿Otra vez? ¡Vas a marearla!

—Ella es quien va a volverme loco… ¿has visto qué mujer?

—Es preciosa, pero…

—¡No hay peros! Es fenomenal, maravillosa, única, despampanante…

Pulsó el botón de llamada.

Momentos después, Liz penetraba en la cabina, llevando una bandeja con un vaso y una taza.

—La naranjada para Harry y el café para ti, Al…

Se tuteaban desde el principio del viaje.

Tompson cogió la taza y se la llevó a los labios, sin dejar de mirar a la joven.

Se bebió el café de un sorbo, chasqueando después la lengua.

—¡Nunca tomé algo tan amargo como esto!

—¿No está bueno? —sonrió ella.

—Mejor que nunca…

—¿Cuánto falta para llegar?

—Quince minutos… —repuso Al—. En cuanto haya entregado los papeles de este armatoste… nos iremos juntos.

Intervino Harry.

—Si quieres —dijo—, yo puedo pasar los trámites de vuelo. Así podrás dedicarte a Liz…

—¡Eres un ángel!

No vio la mirada que el copiloto y la azafata se cruzaron. En realidad, Al era incapaz de ver otra cosa que aquella silueta que tenía a su lado.

Quince minutos más tarde, entre el estrépito y la vibración de los turbo-frenos, el *jet* descendía lentamente sobre la pista. Corrió sobre ella, frenó y luego, dulcemente, fue a colocarse junto a la escalerilla que empujaba un tractor del campo.

Quitándose el cinturón, Al se incorporó.

—¿De veras entregarás los papeles?

—Naturalmente —repuso Harry—. Los amigos están para las ocasiones.

—Tú eres de los buenos… si alguna vez necesitas algo…

—No tiene importancia…

Habían acercado también la escalerilla para la tripulación. Al fue el primero en descender de ella. Más atrás, junto a la puerta de pasajeros, repartiendo sonrisas, Liz miraba de reojo hacia la proa del *jet*.

Al bajó alegremente la escalerilla.

Pero en el momento en que puso un pie sobre el cemento de la pista, se tambaleó. Giró como una peonza, batiendo de brazos, hasta desplomarse pesadamente de bruces.

Liz abandonó su puesto, descendió la escalera como una exhalación, corriendo luego hacia el hombre, junto al que se encontraba ya el copiloto.

—¡Un médico! —gritó la joven.

El tractor hacía ya sonar su sirena. Instantes después, una ambulancia corrió hacia el aparato, deteniéndose bajo el alto morro plateado.

—Dejen paso, dejen paso…

El médico, con el maletín en la mano, se arrodilló junto al piloto. Con manos hábiles, desabrochó la guerrera, luego la camisa. La campánula del fonendoscopio se posó sobre el pecho de Al.

Un largo silencio se produjo.

Luego, el médico levantó la cabeza, que meneó tristemente.

—No hay nada que hacer —dijo—. Ha muerto.

—¿Muerto? —chilló histéricamente Liz.

—Sí, señorita… ¿era algo suyo?

—Su prometido —intervino el copiloto.

—Lo siento.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —repetía Liz, con los ojos arrasados de lágrimas—. Voy a llevarle a la clínica del doctor Blanchard… es un amigo de mi familia…

El médico de Orly frunció el ceño.

—Es inútil, señorita…

De nuevo intercedió Harry.

—Deje que lo haga… comprenda que ella no puede entenderlo…

—Está bien, señorita. Mi ambulancia está a su disposición.

—¡Gracias, doctor!

El bramido de la sirena y la luz intermitente pusieron una nota expectante en el campo.

* * *

V.A. —Víctor Alexander—, sonriente, echó mano a la bolsa de palos que pendía de su caddie mecánico.

Smith, a su lado, parecía más pálido que nunca.

—Fíjese —le dijo V.A.—, voy a coger un «spoon», es el palo que más conviene para el golpe que he de dar…

Smith no dijo nada.

No prestaba atención al juego que, por otra parte, ni entendía ni

le interesaba. «Driving», «brassie», «driving iron», «mashie», «putter»… Cuando Alexander, antes de empezar el juego, le había mostrado y enumerado cada uno de los «clubs», a Smith le pareció que le hablaban en chino.

Además…

Ayer mismo, cuando estaban reunidos, el teléfono había sonado. Y una voz de hombre advirtió al mayor accionista y director de las «A.I.L.» que fuese preparando el pago de un millón de dólares… si no quería que un nuevo «accidente» ocurriera.

¡Y V.A. se dedicaba a jugar tranquilamente al golf!

—Alexander…

V.A. se detuvo. Estaba sopesando el palo y volvió la cabeza hacia el otro.

—¿Qué te pasa?

—Ese hombre dijo que nos llamaría aquí, en el golf…

—Por eso hemos venido a jugar. Y no dijo que llamaría… sino que vendría.

—¿No lo teme?

V.A. se irguió, desafiante.

—¿Temerle? ¿Yo? ¿Crees acaso que soy como tú, como los otros, una gallina mojada? ¡Qué venga! Eso es lo único que deseo…

Y volviéndose de espalda, separó los pies, levantó el brazo armado con el «spoon», y descargó un golpe preciso, que levantó la pelota del terreno blando, lanzándola, en una parábola perfecta, sobre el «putting green».

Se alejó, después de subir en el coche que llevaba sus palos. Justo en el momento en que Smith se dirigía al suyo, una mano se posó fuertemente sobre su hombro.

Smith se volvió, temblando.

Un hombre alto, delgado, elegantemente vestido, se hallaba ante él. La mano del hombre siguió apretando el hombro de Smith.

—Diga al viejo que si no paga, antes del sábado próximo, la semana que viene uno de sus *jets* se estrellará.

—¿Por qué no se lo dice a él? —se atrevió a preguntar Smith.

Una sonrisa helada entreabrió los labios del hombre.

—¡Es un viejo loco! Lleva, entre los palos, un rifle… y es lo bastante estúpido como para intentar usarlo… y hacerse daño con él. No olvide lo que le he dicho…

Capítulo V

SE despertó, como siempre, de pésimo humor.

Llevaba tiempo, mucho, en que una mala racha de suerte —igualmente mala—, le seguía paso a paso.

No hacía falta que tuviera un calendario en el dormitorio.

Lo tenía en su mente, grabado a fuego en el cerebro. Y sabía, sin ninguna clase de dudas, que pasado mañana, el 14 exactamente, vencía la hipoteca de su casa.

Saltó del lecho, yendo, en pijama, hacia el cuarto de aseo. Se miró en el espejo y sacó la lengua a su propia imagen, no por afán de burla, sino que, como todas las mañanas, amanecía con una boca que parecía haber sido fabricada en corcho.

«Bebes demasiado» —le decía su esposa.

¿Y qué podía hacer?

Solo el alcohol, y cada vez con mayor frecuencia y en mayor cantidad, conseguía paliar aquella rabia que le dominaba las veinticuatro horas del día.

Además…

Se estremeció al pensarlo.

En dos ocasiones, volando hacia Europa, se había sentido enfermo. Fue gracias al copiloto que el aterrizaje del *jet*, en aquellas dos ocasiones, pudo hacerse normalmente.

«Si se enteran —se dijo—, me echarán a patadas.»

¡Y todo por culpa del maldito dinero!

Por el hueco de la escalera subió el estrépito y la algarabía que armaban los niños, cuatro, a los que su paciente madre estaba dando el desayuno.

Ni siquiera podía resistir a sus propios hijos. Estaba aburrido, desesperado.

Alargó la mano para coger la máquina de afeitar.

—¡Edward!

Era la voz de Nora, su esposa. Frunció el ceño, acercándose a la puerta.

—¿Qué quieres? —inquirió con voz áspera.

—Joe te sube el periódico…

—¡No lo quiero!

—Hay algo que te interesa, en la primera página.

Lorenz encogió los hombros.

Momentos después, el niño llegaba, con la cara manchada de chocolate, tendiendo el periódico al hombre.

—El diario, papá.

—Déjalo ahí, sobre la banqueta…

El niño obedeció, yéndose escalera abajo, lanzando un grito de guerra que crispó los nervios a Lorenz. De una patada, cerró la puerta. Y entonces, vio la primera página, con los titulares…

Abandonó la máquina de afeitar sobre la repisa, olvidándose de apagarla. Un suave zumbido recortaba el silencio súbito del cuarto de baño.

Cogió el periódico y lo desplegó. Todavía no creía lo que estaba leyendo:

> «PARIS, 12 (de nuestro corresponsal). Ayer, cuando el *jet* de la TWA, procedente de Nueva York, acababa de aterrizar, correspondiendo al vuelo 117, el piloto del reactor, justo al descender por la escalerilla, sufrió un colapso, muriendo en el acto. El desdichado piloto, Alfred Tompson, era muy apreciado entre el personal de vuelo…»

Tardó en reaccionar.

Luego, al darse cuenta de lo que significaba aquella noticia, lanzó, sin poder contenerse, una estruendosa carcajada.

¡Al ha muerto!

Era como si acabase de ganar al primero en una carrera de caballos. Porque la muerte de aquel sucio afortunado liquidaba definitivamente la deuda que con él contrajo aquella noche aciaga.

Tompson no tenía familiares. Por lo tanto, el documento que le había firmado, y que seguramente llevaba Al encima, carecía de

valor…

Terminó de afeitarse y, cuando bajó poco después al comedor, su esposa frunció el ceño. Lorenz no riñó a los niños, ni dio voces. Sonrió a todo el mundo y hasta —y esto era lo más increíble— dio un beso a Nora, al tiempo que le decía:

—Desayunaré fuera, querida… y una de estas noches saldremos juntos.

Nora se quedó boquiabierta.

Una vez en la calle, Edward cogió un autobús y se dirigió directamente a las oficinas de la TWA.

Estaba tan nervioso que estuvo a punto de bajarse una parada antes.

Cuando penetró en el edificio, lo hizo con paso ligero, silbando una canción de moda mientras avanzaba, por el largo pasillo, hacia el ascensor que le condujo, momentos más tarde, al despacho del pagador-cajero.

Callender —así se llamaba el hombrecito calvo y con ojos saltones y miopes que estaba detrás del despacho— frunció la frente al reconocer a su visitante.

—Siéntese, Lorenz —le dijo con una falsa sonrisa en sus delgados labios.

—Gracias, Callender.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Ha leído el periódico?

—¿Se refiere a lo de Tompson?

—Sí.

—Lo supe anoche. Estaba aquí cuando lo comunicaron directamente al jefe de personal de la Compañía. Lo hicieron por teletipo, desde nuestra agencia en Orly…

—¡Ah!

—Ha sido una desgracia…

—Es verdad —subrayó hipócritamente Lorenz—. Era un buen muchacho…

—Todos tenemos que acabar así…

Hubo un silencio.

Nervioso. Lorenz encendió un cigarrillo. Y luego de echar una bocanada de humo por la boca, dijo:

—Vengo a cobrar.

Evidentemente, el otro esperaba aquello. Ni siquiera parpadeó. Y con la misma tranquilidad que hubiese contestado a alguien que le hubiera preguntado la hora, repuso:

—No hay nada que hacer, Lorenz.

Edward rechinó de dientes.

—¡Cómo! La deuda que tenía con Al ya no es efectiva… Tompson no tenía familia, ¿no es cierto?

—Cierto.

—¿Entonces?

—Al me vendió la deuda…

Lorenz le miró, atónito.

Durante unos minutos —tres o cuatro—, estuvo intentando «digerir» lo que acababa de oír.

Luego estalló.

—¿Cómo? ¿Ha sido usted capaz de hacerme esa cochinada, Callender?

—Cuidado, Lorenz… yo no le he hecho a usted nada. Al me vendió la deuda. El documento era formal y él necesitaba el dinero con urgencia.

—Pero…

—No se canse, amigo. Ya sé que está usted pasando una mala temporada…

—¡Eso no le importa!

—Lo sé… pero no crea que no he pensado en usted. Soy menos malo de lo que de mí se dice…

Lorenz cerró los puños.

—¡Sucio judío! —gruñó—. ¡Eso es lo que es usted, Callender! A nadie se le hubiese ocurrido comprar una deuda…

—Yo soy un hombre de negocios…

Había un brillo de desafío en los ojos saltones del cajero.

—¿Sabe usted lo que gano, Lorenz?

—¡Ni me importa!

—Ya lo sé. Ustedes, los pilotos, no se preocupan más que de ustedes. Durante años, muchos, he estado pagándoles, mirando con envidia que ganaban ustedes más en un mes que yo en medio año…

—Haberse hecho piloto…

—No se burle de mí, Lorenz… yo he nacido así, con este cuerpo desgraciado, cargado de enfermedades y de miedos desde que

llegué al mundo…

Hizo una pausa.

—Cada uno se defiende como puede. Ustedes son poderosos, fuertes, jóvenes, valientes… están por encima de los otros mortales, viajan, conocen mundo, tienen cuantas chicas desean, ya que ellas son lo suficientemente estúpidas para sentirse atraídas por el uniforme…

—¡Le come la envidia, Callender!

—Es cierto. Me ha comido siempre… por eso me dediqué a sacar jugo a mi posición. Prestaba dinero a los «maravillosos pilotos», a los héroes de la compañía. Porque ellos no miraban nunca lo que gastaban…

—Si se enterasen de su manía de usurero, lo echarían a patadas…

—Nadie dirá nada, Edward… yo no soy tonto… más de las dos terceras partes del personal de vuelo me debe dinero…

—¡Yo lo diré! No le debo ni un centavo…

—Usted no dirá nada.

—¿Tan seguro está?

—Sí. Usted no despegará los labios porque yo soy la única persona capaz de solucionar sus problemas. Sé lo de la hipoteca de su casa. Tampoco ignoro que su esposa está cargada de deudas…

—¡Calle, gusano!

—No se enfade, Lorenz… no le servirá de nada. Antes le decía que había pensado en usted…

Lorenz se puso en pie.

—¡Pues olvídelo! Yo no quiero que me preste nada… prefiero afrontar lo que sea… aunque usted no saldrá limpio de todo esto…

—No sea estúpido, Lorenz…

El hombrecillo no se había alterado lo más mínimo.

Incluso sonreía.

—Siéntese… y escuche.

A regañadientes, Lorenz se dejó caer en el asiento.

—Usted —le dijo el hombrecillo— puede arreglarlo todo sin pedir un solo centavo a nadie…

—¡No me cuente chistes! —rezongó el piloto.

—Cállese, Lorenz. Pasado mañana hay que hacer un viaje, el primero de seis. Hay que llevar seis *jets* a Los Ángeles… Porque los

hemos vendido a una compañía que empieza… una de esas compañías que no puede permitirse el lujo de comprar aparatos nuevos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Callender hizo caso omiso de la interrupción.

Y siguió hablando:

—Se trata de una compañía nueva, como le he dicho, la «A.C.L.», la «American Continental Lines». Nosotros estamos ahora a corto de personal de vuelo… y ellos no han empezado aún a contratarlo.

«Pagarán mil dólares por aparato servido en Los Ángeles. Eso hará un total de seis mil dólares; es decir, cinco mil quinientos, ya que mi comisión hay que contarla también…

—… y descontar lo del copiloto.

—No habrá copiloto. Ya le he dicho que estamos a corto de personal. Tendrá que llevarlos usted solo. El viaje de regreso lo hará usted en cualquier avión de nuestra red interamericana, sin pagar nada…

—¿Ha dicho 5.500 dólares?

—Sí. Lo suficiente para pagar su hipoteca y para liquidar las otras deudas…

—La hipoteca vence antes.

—No se preocupe. Voy a darle el dinero ahora mismo… si está dispuesto a realizar el trabajo.

Lorenz lanzó un suspiro.

—¡De acuerdo! Y perdone por lo de antes… es cierto que no es usted tan malo como dicen…

Callender sonrió.

—La gente exagera siempre…

Se frotó las manos. Porque, en realidad, la «A.C.L.» iba a pagar mil quinientos dólares por viaje, lo que significaría para él un ingreso imprevisto de 3.500…

¡No estaba nada mal!

* * *

Cuatro de los seis hombres estaban sentados a la mesa, discutiendo en voz baja.

Al lado del ventanal, que daba a la calle, que se veía allá abajo,

desde lo alto del piso 45, Smith y el joven Anderson hablaban en voz baja.

Todos esperaban, en la sala de juntas del edificio de la «A.I.L.», la llegada de Victor Alexander Semerland.

V.A. para los íntimos.

Smith seguía tan pálido como de costumbre. Sus delgados labios temblaban, así como sus manos que no sabía dónde poner.

—Tú debías haberle convencido, Richard…

Anderson frunció el ceño.

—¿Yo?

—Sí. Tú vas a casarte con su hija… estás muy a menudo en su casa. Y a ti te escucharía mejor que a nosotros.

—Bien sabe que no, Smith. V.A. no escucha a nadie…

—¡Es una locura! Cada vez que pienso que la amenaza debe cumplirse entre hoy y mañana…

—Se revisan, sin cesar, todos los aparatos…

—Ya lo sé, pero esa gente es demasiado fuerte. Lo hicieron la otra vez… y volverán a hacerlo. ¡Es la ruina, muchacho!

—Yo no estoy seguro todavía que lo otro fuera un sabotaje…

—¡No digas tonterías! El aparato era nuevo, flamante, estupendo… Yo mismo había viajado en él un par de veces… Y el personal de vuelo, de lo mejor… El piloto lo había contratado yo mismo. Era un as de la BOAC, un inglés serio y cumplidor como ninguno. Jamás bebía una gota de alcohol…

—Ya lo sé. Simmer era un muchacho estupendo. Hablé con él en varias ocasiones, aquí en Los Ángeles.

—¿Y todavía sigues creyendo en un accidente?

—No pudo ser otra cosa. Esos tipos dijeron que iban a colocar una bomba en el *jet*. Pero cuando los técnicos examinaron los restos del aparato, afirmaron que no se había producido explosión alguna.

—Utilizarían cualquier otro medio.

—¿Cuál?

Smith se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé!

Anderson sonrió.

—No hay que alarmarse. La versión de V.A. es, con toda seguridad, la más lógica. Nuestro avión sufrió un accidente, y esos granujas, aprovechándose de la coincidencia de que nos habían

amenazado, han querido sacarnos dinero. Primero medio millón, ahora un millón…

—Si pagásemos estaría más tranquilo.

—Se equivoca, Smith. Si pagásemos jamás nos libraríamos de ellos. Les bastaría coger el teléfono para seguir chantajeándonos a placer.

—¡Todo esto es para volverse loco!

—Serénese. V.A. sabe lo que se hace.

Justo en aquel momento la puerta del fondo se abrió. Sonriente, Victor Alexander, vestido aún con su traje de golf, penetró en la estancia.

Todos ocuparon sus puestos alrededor de la mesa.

Como de costumbre, V.A. paseó una mirada, mitad divertida, mitad asqueada y despectiva, sobre los otros miembros de su consejo de administración.

Sin exceptuar a Anderson.

Claro que este era el que menos contaba. V.A. lo tenía en el bolsillo y sabía que diría «amén» a cuanto él propusiera.

—Esta mañana —anunció sin preámbulos— he recibido otra amenaza por teléfono.

Hubo un sordo murmullo en los reunidos.

—Pero me han interesado mucho más los resultados de los exámenes que se han hecho a los cuatro «jets» que saldrán hoy en servicio… Y de eso precisamente voy a informaros…

Sacó un papel mecanografiado que colocó sobre la mesa.

—Empecemos por el Jet-105. Saldrá hoy para Lisboa, Madrid, Roma, Atenas, El Cairo… Lo pilotan Stromberg y Culser, dos viejos conocidos nuestros.

»El Jet-97 hará el viaje directo Los Ángeles-Tokio. Lo conduce Walter y Mirror.

»El Jet-111 cubrirá, sin escalas, Los Ángeles-Sidney… Lo lleva un piloto nuevo: John Manfield. Digo qué es nuevo, pero en los tres viajes que ha hecho ha demostrado una pericia excelente.

»Por último, el Jet-56, que saldrá de Nueva York, irá, como de costumbre, a París, donde los viajeros que lo deseen podrán tomar, seis horas más tarde, el Jet-105. Este *jet*, de regreso de El Cairo, vía Atenas y Roma, pasará por la capital francesa.

»Este es nuestro plan de vuelos de hoy.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo.

Luego prosiguió:

—Lo que más nos interesa es el sistema de control, de forma a evitar, aunque estoy seguro de que no intentarán nada, la introducción de una máquina infernal en uno de esos cuatro *jets*.

Smith se estremeció.

—Todos ellos —siguió diciendo V.A.— han sido examinados pulgada a pulgada. Por otra parte, y de acuerdo con los servicios de la Aduana, que ya han sido prevenidos, se examinarán los equipajes de los viajeros, incluso con detectores.

—¿Y el equipaje de mano? —preguntó Smith.

V.A. le fulminó con la mirada.

Luego sonrió, antes de decir:

—No te preocupes, miedoso. He obtenido un permiso de la Convención de Compañías Aéreas, lo que va a permitirnos examinar no solo los equipajes de mano, sino a los propios viajeros, con los medios más modernos de detección, que la sección de Los Ángeles del FBI ha puesto a nuestra disposición.

Smith suspiró profundamente. Y en sus delgados labios se dibujó una mueca que, sin duda, quiso ser una sonrisa.

—Eso está muy bien, V.A.

Alexander se echó a reír.

—¿Crees que soy un idiota? —bramó—. Ni una caja de fósforos entrará en ninguno de esos aviones sin que nosotros lo sepamos.

—¡Muy bien! —dijeron a coro los otros.

—Aunque sigo creyendo —precisó V.A.— que todo eso no es más que una baladronada. Y en verdad que no me ha gustado tener que demostrar a los federales que los necesitábamos…

Se encogió despectivamente de hombros.

—Pero, con unos socios como vosotros, no tenía otro remedio. De haber estado solo —agregó al tiempo que el tono de su voz se endurecía—, me las hubiese arreglado sin molestar a nadie.

Nadie despegó los labios.

—Solo desearía —siguió diciendo el colérico V.A.— poder echar el guante a uno de esos sinvergüenzas…

Anderson, cobista como siempre, se incorporó.

—Deberíamos brindar por la magnífica gestión de nuestro director —dijo, todo miel.

V.A. lanzó una carcajada.

—¡De acuerdo, muchacho! No es mala idea. Haz que nos traigan de ese whisky que guardamos para las grandes ocasiones. Me gusta, no solamente beber un trago, sino ver a mis «valientes» asociados toser, llorar… y luego, en sus casas, tomar bicarbonato para acallar sus viejas úlceras de estómago…

Lanzó una nueva carcajada.

Un «maitre» servía poco después doradas copas de whisky.

Todos se pusieron en pie.

—¡Por el triunfo de la «A.I.L.»! —cacareó el joven Richard.

—¡Y por la cobardía de todos vosotros! —rio V.A.

Brindaron.

Smith se puso colorado, tosió, así como los otros. A Carlen le entró un hipo formidable; Olson tenía los ojos llenos de lágrimas; Rummer soplaba como si hubiese bebido ácido nítrico.

Solo V.A., sonriente, repitió. Respiraba potencia y seguridad por cada uno de sus poros.

Claro que no sabía lo que el futuro le reservaba.

¡Una linda sorpresa!

Capítulo VI

HUBIERA debido ser un Lorenz boyante de gozo el que aterrizó, de una manera impecable, en la pista número 6 del aeropuerto de Los Ángeles.

Pero no era así.

Por encima del gozo que debió procurarle la solución de sus problemas, con el dinero que el pagador le había entregado, seguía pensando en aquellos maravillosos seis mil dólares que Callender debía haberle dado, después de la muerte de Tompson.

Con todo el dinero junto, Edward se hubiera considerado rico.

—¡Maldito usurero! —rezongó mientras frenaba el colosal *jet*.

Aunque, mirándolo bien, la culpa de todo la tenía el granuja de Al. Él había sido el responsable de su ruina.

Porque Lorenz estaba seguro, y lo estaría siempre, de que aquella fatídica noche, Al le había hecho trampas.

Dos hombres bajaron del coche, un Cadillac último modelo, acercándose al avión, que miraron con arrobo mientras Lorenz se acercaba a ellos.

—Somos el director y el subdirector de la «A.I.L.» —dijo el más alto de los dos.

Lorenz estrechó la mano a ambos.

—Volveré a Nueva York esta misma tarde —les anunció—. Y mañana tendrán aquí el segundo *jet*.

—¿Lo ha encontrado en perfectas condiciones? —quiso saber el más bajito.

Lorenz sonrió.

—Es un aparato excelente —dijo—. Han hecho ustedes un buen negocio. Y conste que hablo solo como piloto.

—Le estamos muy agradecidos.

Los dejó allí, tomando un «jeep» de servicio que le condujo a la

enorme cantina del aeródromo. Era, como siempre, el bar y restorán reservado exclusivamente al personal de vuelo de todas las compañías que utilizaban el aeropuerto.

Sentándose a una de las mesas, Edward se hizo servir un opíparo almuerzo.

Comió con apetito excelente.

«Después de todo —pensó—, las cosas empiezan a arreglarse. Si ese canalla de Al no hubiera muerto, yo lo hubiese matado…»

Y sonrió al pensar que todavía llevaba la pistola que cogió, la misma noche de la fatal partida.

No se había separado del arma un solo instante, esperando que se le presentase la ocasión de encontrar a Tompson, al que llenaría el cuerpo de plomo.

Pero el destino se había encargado de su venganza.

—«Por lo menos —se dijo en voz baja—, ya no disfrutará del dinero que me robó ignominiosamente…»

En aquel momento, un grupo de políticos penetró en la cantina.

Lorenz les miró, distraídamente, mientras se sentaban alrededor de una mesa vecina a la suya.

Entonces…

Su cuerpo se puso tieso, como un palo. Un sudor helado le recorrió la espalda. Respiraba con dificultad, como si sus pulmones, o los músculos torácicos, se hubieran paralizado.

¡NO ERA POSIBLE!

Debía estar soñando, o viendo alucinaciones. Así lo pensó, aterrado, aferrándose a aquella lógica explicación.

Sin embargo, sus ojos no podían engañarle.

¡Era para volverse loco!

Porque allí, en la mesa vecina, riendo con los demás, flamante y gozando de una salud envidiable, se hallaba Al Tompson.

¡EL HOMBRE QUE HABÍA MUERTO, DOS SEMANAS ANTES, EN PARÍS!

Tardó en reaccionar.

Su asombro fue tomándose rabia; su extrañeza, cólera.

Y de forma impersonal, como si los movimientos que ejecutaba le fuesen dictados en estado hipnótico, su mano derecha buscó la pistola, que empuñó con fuerza, sin dejar de mirar a Al Tompson.

Un odio indecible se apoderó de él.

¡Ahora lo comprendía todo!

Callender le había mentido. Nunca compró la deuda de Tompson, con el que debía haberse puesto de acuerdo, de forma a que el piloto «se hiciese el muerto», cobrando así Callender, en su nombre, la enorme prima que percibían los miembros de la tripulación cuando morían en servicio.

¡Canallas!

Se habían burlado de él, tomándole por un estúpido. Pero puesto que Tompson estaba OFICIALMENTE MUERTO, si ahora le mataba de nuevo, ¿qué tribunal podía castigarle?

NO PUEDE MATARSE A UN MUERTO.

Se puso en pie.

Ocultando la mano armada a la espalda, avanzó lentamente hacia la mesa de los otros.

Justamente, en aquel momento, Al estaba riéndose.

—Hola, Tompson, ¿no me conoces? —preguntó, plantándose ante el otro.

El hombre volvió la cara hacia él, frunciendo el ceño.

—Creo que se equivoca usted —dijo, sonriendo—. Yo no me llamo Tompson. Soy John Manfield, y pertenezco a la flota de la «A.I.L.»…

Nervioso, Lorenz se echó a reír.

—No vas a engañarme de nuevo. Has simulado morir, en París, pero yo sé quién eres…

Otro de los pilotos intentó ponerse en pie, al tiempo que decía:

—Este hombre está loco… o borracho…

Pero Edward sacó el brazo oculto y apuntó a todos con la pistola.

—¡Quietos! —rugió. Y mirando al que se había puesto en pie, añadió—: ¡Siéntate, imbécil!

El hombre obedeció.

Lorenz volvió a concentrar toda su atención en el rostro de su enemigo.

Notó entonces que estaba más delgado y más pálido, pero esto último debía ser culpa del miedo que estaba adueñándose del corazón de aquel cobarde.

—¿Creías que iba a olvidar el dinero que me ganaste con trampas? Te equivocas, cerdo… Pensaba matarte, y lo hubiera

hecho, aunque luego me hubiese costado la vida… Ahora es distinto, PUESTO QUE ESTÁS MUERTO. Matar a un muerto… ¿te das cuenta? Ningún código penal lo tiene previsto… Ni siquiera me meterán en la cárcel.

El hombre pestañeó.

—Debe estar usted loco —dijo—. Yo no soy ese que dice, ni lo conozco a usted…

—Poco importa… ¡Para lo que va a servirte el conocer o no! ¡Muere, asqueroso tramposo!

Disparó.

Una, dos, tres, cuatro veces…

Después del primer momento de vacilación los otros pilotos se echaron encima de Lorenz, dominándole tras haberle arrebatado el arma de la mano.

Se armó un gran griterío.

Uno de los amigos del caído corrió en busca del médico del campo. Unos minutos más tarde llegaba el doctor abriéndose paso entre los curiosos que se arremolinaban alrededor de Lorenz, ya dominado, pero que seguía gritando como un energúmeno.

El hombre, alcanzado por los disparos, había caído bajo la mesa.

El médico se arrodilló, dispuesto a comprobar el estado del agredido; pero en cuanto levantó el mantel retrocedió horrorizado.

El cuerpo que yacía bajo la mesa ESTABA MEDIO CONSUMIDO, Y LOS GUSANOS CORRÍAN SOBRE LOS POCOS GIRONES DE CARNE QUE AÚN HABÍA SOBRE EL ESQUELETO.

Una azafata que se había arrodillado junto al médico con idea de auxiliarle, retrocedió, como él, horrorizada.

Un largo grito histérico brotó de la boca de la mujer.

* * *

Armer lanzó un suspiro. A su lado, su ayudante, el agente Clark, del FBI, le imitó.

Armer dijo:

—Entre lo que un buen inspector del FBI se supone que debe saber no entra, y de eso estaba seguro hasta esta mañana, el ser especialista en dementes…

El tercer hombre de la reunión, bajito, delgado, con una amplia frente, frunció el ceño.

—Oiga, inspector Armer —dijo, acercándose al policía—, yo nunca me atreveré a criticar su trabajo. Por eso le ruego que no se inmiscuya en el mío.

Hizo una pausa para respirar con fuerza.

—Yo me limito a llevar a cabo la inspección médica que el FBI me ha encargado. He reconocido un cadáver y dicho que su estado de descomposición correspondía a una muerte acontecida hace unas dos semanas…

—Sin embargo, treinta testigos vieron morir al hombre, acribillado a balazos, HACE EXACTAMENTE DOS DÍAS.

—Así es.

—Y usted afirma, profesor, que ese hombre estaba YA MUERTO…

—Precisemos, inspector: llevaba muerto dos semanas.

Armer volvió a suspirar.

—Tengamos paciencia —dijo—. Los especialistas en dactiloscopia y los odontólogos están estudiando ese cuerpo…

—Me darán la razón —dijo, obstinado, el hombre de ciencia.

No volvieron a hablar.

Estaban sentados en una de las salitas del «Center Hospital» de Los Ángeles.

Habían discutido durante horas sin llegar a un acuerdo. Armer y su ayudante habían llegado aquella mañana, procedentes de Washington, donde se les había encargado de dilucidar la cuestión.

Pero al paso que iban las cosas —pensaba amargamente Armer —, su ayudante y él terminarían en un manicomio.

Por suerte, los especialistas penetraron entonces en la salita. Armer se dirigió al jefe de ellos, un muchacho joven, pero con rostro de intelectual, con gruesas gafas sobre una nariz ganchuda.

—¿Y bien, Dobbler? —quiso saber ansiosamente.

—Lo hemos hallado, inspector.

—¿De veras?

—Sí. Las huellas de ese hombre estaban en los archivos de la Confederación de Pilotos de Norteamérica.

—¿Y bien?

—No hay duda alguna, señor: se llamaba, de su verdadero nombre, Alfred Tompson… Y HABÍA MUERTO, HACE QUINCE DÍAS, DE UN COLAPSO CARDÍACO en el aeropuerto de Orly, en

París.

El profesor Quimper lanzó una exclamación de júbilo.

Se puso de puntillas, poniendo ante la nariz de Armer un índice acusador que se movía como un metrónomo.

—¡Yo tenía razón, inspector! ¿Se da usted cuenta?

—Sí, ya me doy cuenta… y sigo pensando que vamos a terminar con una buena camisa de fuerza.

Reflexionó unos instantes.

—¡En fin! Vayamos despacio… Y aun admitiendo que ese hombre «oficialmente» sufrió un colapso en París, hace dos semanas, esto quiere decir sencillamente que sufrió un colapso… Eso es… Luego cambió de compañía, de nombre… quizá porque quería ocultar algo, en cuyo caso podríamos pensar que su «colapso» fue simulado…

Dobbler movió la cabeza de un lado para otro.

—Esa explicación no encaja, inspector…

—¿Por qué no?

—Hemos recibido dos documentos de París.

—¿Cuáles?

—Un certificado de defunción firmado por el médico del aeropuerto de Orly…

—Ese médico firmó un caso de muerte aparente como hay muchos… ¿Y el otro documento?

La voz de Dobbler bajó de tono, como si le apesadumbrase echar por tierra la hipótesis del inspector:

—El otro documento es… un certificado de defunción e informe de autopsia firmado por el doctor Blanchard, jefe de la clínica donde fue llevado el CADÁVER del piloto del *jet*…

Armer se frotó el mentón.

—No hay duda entonces… Pero ¡oiga, profesor!

Quimper se acercó a él.

—¿Qué desea?

—Usted ha visto el cuerpo de ese hombre…

—Así es.

—¿Es que ha observado en él las muestras de que se le haya hecho la autopsia?

—Sí. Tenía cicatrices muy recientes en el vientre y en el pecho… Lo único que no se le hizo fue abrirle el cráneo, pero dado que

murió de un colapso…

—El informe del doctor Blanchard lo advierte —intervino Dobbler.

—No se hizo investigación en cerebro por no considerarlo necesario.

—Entonces —inquirió el inspector—, ¿cuál fue la verdadera causa de la muerte de ese hombre… QUE MURIÓ DOS VECES?

—Colapso por fallo cardíaco.

Armer suspiró otra vez más.

—Vuelvo a Washington —dijo—. Y si allí me obligan a investigar este asunto… creo… creo… que presentaré la dimisión.

* * *

No le importaba que fuese un coche-patrulla.

Arrellanado en el asiento posterior, Pat se sentía como un rey. Y si no hubiese mirado hacia delante, para ver la gorra de plato del agente que conducía el coche, se hubiera imaginado que iba en el suyo propio.

¿Cuántas veces había subido a un automóvil?

Pocas, muy pocas, poquísimas. Quizá fuese esta la segunda o la tercera.

Pero las cosas iban a cambiar.

El hecho de que la policía le hubiera llamado, enviando a un agente con coche para buscarle, significaba, sin ningún género de duda, que habían encontrado a Mac, y que este, convertido en millonario, había ordenado a los «polis» que le trajesen a su amigote.

Sonrió.

Sí, las cosas iban a cambiar.

Tenía que ir acostumbrándose a lo bueno. Todo le gustaba, pero quizá lo único que detestaba —y frunció el ceño al pensar en ello— era la necesidad imperiosa de bañarse con frecuencia.

Cuando el vehículo policial se detuvo ante el edificio de la brigada, Pat bajó de él solemnemente, mirando por encima del hombro al policía que le había abierto la portezuela.

Luego entró en el edificio.

Lower se cuadró ante el sargento Sullivan.

—Aquí está, señor.

Pat estaba demasiado seguro de sí mismo para ofuscarse.

—¿Y mi amigo Mac? —exclamó con voz potente—. Puedo verle, ¿verdad?

Sullivan sonrió.

—Desde luego que sí…

Se puso en pie e hizo un gesto a Pat.

—Por aquí, tenga la bondad…

Ahora sí que estaba Pat seguro de que las cosas habían cambiado. Bastaba ver la amabilidad con que le trataba aquel sargento, al que no había dejado de temer desde que le visitó la vez anterior, para denunciar la desaparición de su compañero.

Siguió al sargento a lo largo de un pasillo interminable. Bajaron luego por una amplia escalera de mármol.

El sargento empujó una puerta, haciéndose gentilmente a un lado para dejar que Pat pasase el primero.

—Ahí lo tiene usted.

Pat avanzó unos pasos.

Y se quedó helado.

No tanto como los tres cuerpos que había allí sobre sendas mesas de mármol. Pero casi, ya que sus dientes castañearon, y hubiera echado a correr a no ser porque Sullivan, que estaba tras él, le empujó hacia delante.

—¿Cuál de los tres es su amigo?

Pat temblaba como si acabase de coger un paludismo.

Miró a uno, luego al otro y después al tercero.

Ninguno de ellos parecía ser Mac. Estaban delgados, amarillos, secos…

—¿Recuerda la señal de que nos habló? —inquirió Sullivan.

—¿Qué señal?

—La cicatriz en el brazo derecho. Usted nos dijo que se la hizo en una pelea en el puerto. Otro descargador le clavó su garfio en el brazo derecho.

—Es verdad.

—Venga y mire esto.

Arrastrando los pies, Pat siguió al policía. Este le señaló el brazo de uno de los cadáveres. Y Pat reconoció enseguida la famosa cicatriz de la que su amigo se mostraba orgulloso.

—Pero este no es Mac…

—Mire su rostro.

Obedeció.

Sí, era Mac, la cara de Mac; pero… ¿dónde estaba su cuerpo? Porque no iban a hacerle creer que aquel delgaducho, fláccido, sin músculos, era el coloso de su amigo, terror de los muelles de la ciudad.

—No puede… ser… —balbuceó.

—No hagas caso de eso, Pat —le dijo Sullivan, apeándole el tratamiento—. Le degollaron como a un cerdo. Y cuando uno pierde toda la sangre que lleva dentro… se queda así.

—¡Aquella arpía!

—De eso hablaremos luego. ¿Reconoces a tu amigo?

—Sí.

—Eso es lo que quería. ¡Vamos!

Pat respiró aliviado cuando estuvo fuera del depósito. Hasta le salieron los colores.

Subieron directamente al despacho del sargento, quien indicó una silla a su «visitante».

—Veamos ahora. Hemos investigado y encontrado con cierta facilidad el coche cuya matrícula… «viste»… aquella noche.

—¡Ellos lo han matado, sargento!

—Cierra el pico. Aquella tarde, cuando le acompañaste a la cita, debías de estar como una cuba.

—¡Oh, no! Estaba sobrio, señor. Justamente no habíamos bebido ni una gota…

—Entonces debes de andar mal de la vista.

—¿Por qué?

—Porque el coche que denunciaste es el vehículo particular del director de uno de los Bancos más importantes de la ciudad.

—¡Su hija, sargento, su hija!

—No tiene hijas.

—¡Su sobrina!

—No tiene sobrinas. No tiene familia. Y el coche solo lo emplean él o su chófer…

—Pues yo vi perfectamente la matrícula.

—No. Te equivocaste.

—Como usted quiera.

—Te equivocaste, ya que la distancia era grande y la luz no muy

buena.

—Seguramente.

—Perfecto. Vas a firmarme un papel desdiciéndote de la acusación relativa a la matrícula. Luego te largas con viento fresco… Nosotros investigaremos lo de tu amigo, que con toda seguridad fue robado por un tipo de vuestra clase…

Quince minutos más tarde, Pat abandonaba la Brigada policíaca.

Sin ilusiones.

Como la lechera de la fábula, lo había perdido todo. El cántaro se rompió y ya no le quedaba ni siquiera la compañía de Mac, al que solo recordarle le ponía los pelos de punta.

Se dirigió despacio hacia el este de la ciudad.

Nada había cambiado para él.

Pero cuando al llegar a la taberna que visitaba habitualmente en el muelle, con el deseo de serenarse un poco con unos vasos, una mano se posó sobre su hombro.

Se volvió.

—Te invito, Pat —le dijo Charly, uno de sus conocidos del muelle.

No, nada iba a ser lo mismo. Porque Pat acababa de encontrar, en la persona de Charly, su propio destino.

Capítulo VII

ANDERSON, RICHARD para sus amigos, abandonó el edificio de la «A. I. L.» de pésimo humor.

Como todos los demás.

V.A. se había reído de ellos, demostrándoles que tenía razón al no haber pagado el millón de dólares que le exigían.

En cuanto a lo ocurrido en el aeropuerto de Los Ángeles, también tuvo una explicación satisfactoria.

—Los médicos son idiotas —afirmó—. Si el cuerpo del piloto, que tú, Anderson, contrataste, estaba corrompido, era sencillamente porque sufría una enfermedad que yo he conocido en mis viajes: la lepra…

Extendió un índice acusador hacia Anderson.

—Si la gente hubiera sabido que un piloto de la «A. I. L.» estaba leproso, hubiésemos tenido que cesar en el negocio. ¡Todo por tu culpa, pedazo de imbécil!

Y, gritando como un energúmeno, añadió:

—No quiero volver a verte por mi casa ni junto a mi hija. Te doy un plazo de seis días para venderme el miserable puñado de acciones que tienes…

Y eso había sido todo.

Richard, mientras subía a su coche, pensaba con amargura en todo lo que había cambiado, súbitamente, el curso de su vida.

En pocos segundos sus sueños más dorados se vinieron al suelo. Y de posible heredero de una fortuna inmensa se había convertido en un pobre accionista que dejaría de serlo pronto…

Casi pegó un salto al darse cuenta de que había alguien sentado en la parte trasera de su coche.

—¡Oh! — exclamó.

Ella —era una mujer— le sonrió.

Anderson había sido siempre un hombre sensible a la belleza. Y la dama que ahora contemplaba con arrobamiento era, sencillamente, una preciosidad.

Tragó saliva antes de poder decir:

—Creo que se ha equivocado de coche, señorita.

—Lo sé — repuso ella con una voz musical en extremo—. Lo he hecho adrede…

—No entiendo.

—Sé lo que le ha ocurrido, aunque no pueda decirle cómo me he enterado. Y quiero ayudarle.

—¿Ayudarme?

—Suba y ponga el coche en marcha. Vamos al aeropuerto.

Obedeció, ganado por el embrujo que se escapaba de ella.

Una vez en marcha, y sin volverse, atento a la densa circulación de la avenida, indagó:

—¿Dice que puede ayudarme?

—Sí. Lo he dicho…

—¿Cómo?

—Ya lo verá cuando lleguemos a Nueva York.

—Pero…

—Usted necesita ahora, más que nunca, ser rico… ¿Qué le parece un millón de dólares?

—¿Eh?

Tuvo que dar un golpe de volante para no chocar con el coche que le precedía.

—Cuidado… —rio la muchacha.

—¿Ha dicho un millón?

—Sí. Lo necesario para hacer frente a su futuro suegro, para no verse obligado a vender las acciones, para luchar como un hombre y demostrar a V.A. que usted no es ningún desdichado…

Se le llenó el pecho de agradable calor.

—¿Y usted va a hacer eso por mí?

—Sí.

—Tendrá algún motivo.

El tono de la voz de la muchacha se hizo excesivamente tierno.

—Lo tengo… V.A. se burló de mí una vez. Fue peor de lo que ahora le sucede a usted, ¿comprende?

—Sí, creo que sí.

Estaban llegando al aeropuerto.

Para ir a Nueva York —¡oh ironía del destino!— se sirvieron de un magnífico *jet* de la «A. I. L.».

* * *

—¿Y dices que te dieron trescientos?

Charly asintió con la cabeza.

—Sí, Por dos tomas…

—¿Te sacaron mucha?

—¡Qué va! Había una cola tremenda. Y mañana volveré…

Se echó a reír mientras llenaba nuevamente el vaso.

—Esto es lo que nos prohíben beber.

—¿Alcohol?

—Sí, pero no importa. Un tipo que va allí casi cada día me explicó el truco. La noche antes tomas un buen caldo de pollo con sus correspondientes tajadas… Luego, a renglón seguido, te bebes ocho o diez tazas de té…

—¿Y eso da resultado?

—Estupendo. Yo estoy encantado, chico… Hace una semana que no voy a los muelles. ¡Que trabaje el capataz si quiere!

—No es mala idea…

—¡Qué va! Tú vendrás mañana conmigo.

—¿Dónde está eso?

—Detrás del Banco Swender, en el mismo edificio, pero por la parte de atrás. Se trata de un centro de no sé qué clase de ayuda… No me importa. Lo que nos interesa es que nos saquen un poco de sangre, nos sacudan la «tela»… y en paz.

—Iré contigo. Después de lo que le ha ocurrido a Mac, no sé… pero prefiero no volver a los muelles.

—Mac sí que hubiese sido un tipo estupendo de donador de sangre. Con su fortaleza, le hubieran pagado más que a nadie.

—¡Pobrecillo!

—No pienses más. Y toma otro trago… Ya verás cómo te hinchas de ganar dinero si sigues mis consejos.

* * *

El profesor y su ayudante, Jimmy, salieron del ascensor, dirigiéndose hacia una puerta que se abrió silenciosamente.

Entraron en la estancia.

No había nada. Ni un mueble. Nada. Sin embargo, los dos hombres se sentían cohibidos, como si una presencia extraña y misteriosa gravitase sobre ellos.

Guardaron silencio, esperando.

La voz pareció brotar de todas partes. Era metálica, dura, imperiosa.

—Le dije, profesor Parker —dijo una voz—, que debía haber hecho cirugía estética después de cada acción.

—No lo consideré útil, señor.

—Ya lo sé. Pero mi advertencia era lógica. Dos veces, una en Londres y otra en Los Ángeles, hemos tenido sendos disgustos. La primera cuando la mujer reconoció a su esposo; la segunda cuando ese hombre atacó a Tompson…

—Meras casualidades, señor…

—Fracasos, diría yo.

—Dos entre ciento ochenta, señor.

—Es cierto, pero ese cálculo, por optimista que sea, no tiene valor. El asunto de Los Ángeles ha despertado la atención de la policía.

—Nunca sabrán la verdad.

—¿Tan seguro está usted, profesor?

—Por completo, señor. Ellos han visto a un hombre descomponerse ante sus propios ojos, demostrándoles que había muerto hacía tiempo; pero ¿adónde les conducirá su descubrimiento?

La voz dudó un poco antes de decir:

—Ya sé que a ninguna parte. De todos modos, quiero una mayor perfección en nuestras futuras actuaciones.

—Si usted quisiera…

—¿El qué?

—Podríamos hacernos los dueños del mundo. Mis «criaturas», obedientes como son después de su muerte, harían lo que quisiéramos.

—¡No quiero oír hablar de eso!

—¿Por qué no, señor? He trabajado veinte años para hacer una realidad de los experimentos mágicos de ciertos pueblos. Estuve diez años en Puerto Rico, Haití y otras islas estudiando lo que esa

gente llamaba «zombies». Yo nunca creí que poseyeran poderes suficientes para dar vida a un muerto…

—A un muerto cataléptico —dijo la voz.

—Sí, así es. Pero la muerte es definitiva en la catalepsia… si no se interviene. Puedo decirle, señor, que el primer «zombie» me impresionó.

»Vi que se trataba de un cadáver. Y aquella mujer, aquella bruja, haciéndole beber una sustancia, le devolvía la vida.

—¡Ni siquiera era ya un hombre!

—Es cierto. Había perdido la inteligencia, la memoria… todo. Era un muñeco que duraba apenas unas horas. Pero yo me di cuenta de todo lo que podía sacar de aquel estupendo experimento.

»Y estudié.

»Me di cuenta entonces de que lo que primeramente se destruye en el cuerpo humano es la sangre. Y cuando supe que la bruja se limitaba a dar un poco de sangre animal al «zombie» comprendí el mecanismo de su experimento.

»La bruja, sin embargo, era una pobre ignorante. Yo operé de otro modo. Inyecté la sangre y volví a hacer funcionar el cuerpo durante mucho tiempo. No obstante, me encontré con que, después de la «muerte», el cerebro se había quedado completamente vacío.

»Había hecho un “zombie”, pero tan inútil como el de la vieja. Aquello me decepcionó mucho. Luego, utilizando el electroencefalógrafo a la inversa, enviando corrientes en vez de recibirlas, conseguí «imprimir» en el cerebro de mis criaturas una nueva personalidad, obediente a mi mandato…

—Eso ya lo sé.

—Solo necesitaba una cosa para prolongar la vida del «zombie»: alimentarle de sangre, ya que ningún otro alimento servía.

—Y por eso creamos ese centro que hay en la parte trasera del edificio.

—Fue una buena idea, señor. Porque, como recordará, al principio teníamos que cazar hombres y mujeres para desangrarlos. No sé cómo la policía no ha asociado todos los casos de gente que encontró, en el río o en los campos, completamente exangües.

—¡Son unos estúpidos!

—Ya sé, señor, que en tres años, provocando algunos accidentes aéreos, gracias a nuestros pilotos «zombies», se han conseguido

grandes cantidades de dinero…

—Seiscientos millones exactamente.

—Pero eso no es nada, señor. Si usted lo desease podríamos convertirnos en los amos del mundo. Los «zombies» atacarían a las personalidades, acabaríamos con los jefes de gobierno, con los políticos, con los militares…

—¡Basta!

Hubo un silencio.

—Yo —dijo después la voz— no soy tan ambicioso como para cometer tamaña estupidez… Me basta con lo que ganamos…

—Como usted quiera, señor.

—Lo que interesa ahora es lo que vamos a hacer con ese joven que ha traído la muchacha de Los Ángeles.

—Ya es un «zombie».

—Lo sé. Por primera vez quiero utilizar una de tus criaturas para vengarme: quiero que mate a V.A.

—Lo hará.

—Después prepararemos otros accidentes aéreos, pero esta vez lo haremos en Europa.

—Bien.

—Después, cuando me haya vengado de ese cretino que se ha atrevido a reírse de nosotros. ¿Cuántos «zombies» tenemos ahora?

—Tres, señor. La muchacha, un ayudante y el joven Anderson.

—Bastan. Esas criaturas me dan frío… Buscaremos un nuevo piloto cuando hayamos terminado con el asunto que tenemos pendiente… ¡Puedes irte!

* * *

El golpe fue preciso.

La bola describió una parábola perfecta antes de rodar un poco y terminar introduciéndose en el agujero.

V.A. sonrió.

Seguía en forma. Ocho agujeros por día y su organismo se encontraba en plena potencia.

Fue a colocar el palo en el «caddie-mecánico» cuando frunció el ceño.

Atravesando el cuidado césped, Richard se acercaba a él.

No había vuelto a verle desde que lo echó, con cajas

destempladas, de la reunión del consejo. Había esperado vanamente que le enviase el pequeño montón de acciones que el joven poseía.

Al mirarle ahora le encontró un poco más pálido, ojeroso, como si estuviese enfermo.

«Es un idiota —pensó—. Un hombre que se ahoga en un vaso de agua. ¡Y pensar que le iba a convertir en mi yerno!»

Anderson se detuvo ante él.

—Buenos días —saludó—. ¿Es usted el señor Victor Alexander Semerland?

V.A. se quedó boquiabierto.

Luego se echó a reír.

—Además de cobarde —dijo— veo que eres un idiota. Pero no me gustan estas estúpidas bromas.

—Usted nos ha hecho fracasar.

—¡No digas idioteces! Si vienes, como creo, de parte de los otros, ya puedes irte…

—Tiene usted que pagar, señor.

—¿El qué?

—Debió de darnos el millón de dólares cuando se lo pedimos.

V.A. enrojeció.

Parecía que iba a estallar.

—¿Cómo? ¿Así que erais vosotros?

—Debió pagar, señor…

—¡Bandidos!

—Vengo a matarle.

De nuevo, aún rojo de cólera, V.A. se echó a reír.

—¿Matarme? ¿Tú?

Se adelantó hacia el «caddie», apoderándose de uno de los palos más fuertes.

No pudo hacer más.

Sacando una pistola, Richard disparó por tres veces consecutivas a bocajarro.

V.A. cayó fulminado.

Desde los campos vecinos, los jugadores gritaron. Un par de policías corrió hacia el lugar del suceso.

Volviéndose hacia ellos, Richard disparó, aunque sin hacer blanco.

Los agentes contestaron.

Anderson, con la cabeza atravesada por un certero balazo, cayó de bruces.

Pero cuando llegaron junto a él los dos policías retrocedieron con una terrible expresión de terror pintada en el rostro.

¡EL CUERPO DE ANDERSON ESTABA MEDIO COMIDO POR LOS GUSANOS!

* * *

Mientras la aguja le penetraba en la vena del codo cerró los ojos.

Pero no sintió dolor alguno.

Después, con el brazo flexionado, un algodón sobre la piel, salió de la sala de transfusiones y tomas sanguíneas, reuniéndose con Charly, que había pasado ante él y que le esperaba sentado en la salita vecina.

—¿Qué tal, Pat?

Este sonrió.

—Creí que era más doloroso…

—Ya has visto que no. Y ahora, amiguito, llegará lo mejor. Dentro de unos instantes nos entregarán la «pasta»…

Así fue.

Con los billetes en el bolsillo, los dos amigos se encaminaron hacia la salida.

—¿Estás contento? —inquirió Charly cuando la puerta de la salita se cerró a sus espaldas.

—¡Naturalmente! Has encontrado un filón, Charly. Y te agradezco que hayas contado conmigo… ¡Lástima que el pobre Mac no estuviese con nosotros!

—Olvídale ya, Pat.

—Tienes razón.

Habían llegado a la salida. Charly fue el primero en atravesar la puerta. Luego salió Pat. Pero cuando ponía un pie en la acera se quedó parado, al tiempo que su rostro se tornaba blanco.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el otro, inquieto—. ¿Te encuentras mal?

Pat no contestó.

Sus ojos, tremendamente dilatados, estaban fijos en el coche, un magnífico «Ford» último modelo, matrícula AL-87654986-E.S., que acababa de detenerse ante él.

La puerta se abrió.

Una muchacha espléndida bajó del vehículo. Charley emitió un silbido de admiración, sonriendo luego.

—Ahora comprendo tu palidez, Pat —dijo a su amigo, pero mirando sin cesar a la joven—. ¡No me extraña que te haya dejado sin aliento!

Pat no dijo nada.

Siguió a la muchacha con los ojos abiertos. Ella pasó cerca de él, pero no hizo caso a ninguno de los dos hombres, penetrando por la puerta por la que Charly y Pat acababan de salir.

—¡Peggy! —exclamó sordamente el hombrecillo.

—¿La conoces? —se extrañó el otro.

—De oídas… ¡Pobre Mac!

—Te ha dado con él —gruñó Charly—. Deja en paz a los «fiambres», amigo. Anda, ven… vamos a beber un trago.

—Espera aquí un poco. Enseguida salgo…

Penetró en el edificio, alcanzando a ver a la joven, que seguía el largo pasillo pintado de verde.

Apretó el paso.

La vio entrar en una estancia, alegrándose infinitamente al ver que ella se había dejado la puerta entreabierta. Se acercó a la rendija, prestando oído.

El sonio de un teléfono al ser descolgado llegó hasta él.

Luego:

—¿Es usted, señor?

—Soy Helen.

¡Helen! ¡Ya sabía él que lo de Peggy era un camelo!

—Entendido, señor. Esta noche a las nueve… ¿En el sitio de costumbre? ¿No? Aquí, en este despacho… Bien… Sí, ya he enviado dos litros de sangre a Londres… Como usted quiera, señor…

Nuevo ruido del teléfono al ser colgado.

Volviéndose, Pat echó a correr hacia la salida.

Cuando atravesó la puerta no vio a Charly.

«Es igual —se dijo, seguro de que le encontraría en la taberna de siempre. Pero, pensándolo mejor, agregó para su coleto, hablando en voz baja—: No sé si lo conseguiré, Mac, pobre amigo mío… pero poco me importa lo que ocurra. Voy a gastarme cien dólares en una buena pistola.»

Y apretó el paso.

Capítulo VIII

—ESTOY harto, Jimmy.

El profesor Parker siguió andando por el pasillo, ya en los sótanos del enorme edificio ocupado por el Banco.

—Cuando lo encontré, Jimmy —siguió diciendo el hombre de ciencia—, creí haber hallado al hombre que necesitaba.

»Yo acababa de llegar de las Antillas. Traía la cabeza llena de ideas, de proyectos fabulosos. En aquellos momentos lo que yo necesitaba era el apoyo de un hombre decidido, de alguien que realizase lo que yo prepararía en el laboratorio.

»Él ya tenía este Banco, Jimmy… ¡pero qué Banco! Ocupaba solo una parte ínfima de este edificio que ahora le pertenece por entero. Y fue en estos sótanos, no en todos como ahora, sino en dos habitaciones, donde empecé mis experimentos… hace dos años.

Abrió la puerta del laboratorio, que Jimmy cerró tras él.

—Consiguió atraer a dos desconocidos, una noche, después de haberles invitado a beber hasta emborracharlos.

»Fueron mis dos primeros «zombies».

«Primero les di una dosis de toxina para matarlos rápidamente. Luego, seis horas más tarde, les inyecté la sangre que habíamos obtenido en el mercado negro —entonces no teníamos nada organizado—, agregándole un poco de esa sustancia que restablece la circulación normal.

—De su «angionina», profesor.

—Sí, Jimmy. Fue por entonces, que aún había guerra en el sur de Asia, cuando él me propuso vender mi descubrimiento al gobierno.

—¿Para qué?

—Para salvar las vidas de los soldados. ¡Pobre estúpido! Claro que le hubiesen pagado lo que hubiera pedido… ¡pero yo no estaba

dispuesto a vender mi «angionina» por dinero!

Atravesó el laboratorio, sentándose tras una mesa, no muy lejos de una puerta cerrada y maciza.

—¡Dinero! —escupió con desprecio—. ¡Nunca le preocupó otra cosa!

Hizo una pausa.

—Yo le expliqué mil veces mi proyecto. Quería utilizar los «zombies» como agentes terroristas. Acabar con cualquier gobierno que se propusiera… y convertirnos en los dueños del mundo.

—¿No quiso?

—No. Me convenció para que esperase. Y entonces se le ocurrió la idea de explotar con chantaje a las compañías aéreas. Ha ganado muchísimo dinero utilizando siempre el mismo truco.

«Primero provocábamos un ataque cardíaco a un piloto. Luego lo trasladábamos, sirviéndonos de un cómplice «zombie», a una clínica en la que teníamos ya a otro cómplice, el doctor que la dirigía o el jefe de la sala del hospital… a los que pagaba una fuerte cantidad.

—¿Para qué?

—Para que no se enterrase a la víctima. Esta, en estado de muerte cataléptica, era enviada aquí, donde yo le inyectaba la «angionina», aunque más tarde, ya mezclada con la sangre, se enviaba la angionina a Londres, París o donde fuera…

«Puesto que los «zombies» se alimentaban solo de sangre, necesitábamos gran cantidad de esa sustancia, y así empezamos a capturar gente, sirviéndonos de Helen o de otros colaboradores…

»El peligro de que la policía llegase a sospechar nos hizo fundar este centro de transfusiones, que así nos facilita lo necesario, aunque, de cara a la ley, trabajamos para recoger sangre destinada a los pueblos subdesarrollados.

Dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Miseria!… —rugió—. ¡Pequeños planes de un banquero, del que no se puede esperar otra cosa!

Miró a Jimmy.

Había hablado con él, como de costumbre, sabiendo que era otro «zombie» que, obediente, no sabía contestar más que a ciertas preguntas y que, en el fondo, no era más que un muñeco de carne y hueso.

Se puso en pie.

—Pero esta noche volveré a ser el dueño de todo.

Pulsando un botón que había sobre su mesa, hizo que la puerta del fondo se abriese.

—Coge dos frascos, Jimmy —dijo volviéndose hacia su ayudante.

El otro obedeció.

Al pasar del otro lado de la puerta, los dos hombres se encontraron en una amplia estancia, con una docena de lechos en los que yacían otros tantos hombres, cuyo signo general era una mortal palidez en el rostro.

Tenían los ojos cerrados y respiraban lentamente. Parker sonrió.

—Por eso me preguntó antes cuántos «zombies» teníamos… ¡El muy zorro! Me tiene miedo. Porque teme que no le aguante por más tiempo…

Miró a los hombres dormidos.

—Este es mi ejército, Jimmy. Esta noche, cuando estemos reunidos, irrumpirán en el despacho y acabarán de una vez para siempre con ese idiota…

»He metido en su cabeza la idea de muerte y destrucción. Y caerán sobre él como fieras hambrientas. Una vez que haya dejado de existir iniciaré mi verdadero plan… y el mundo será mío…

* * *

Charly no pasó por la taberna más que un minuto, justo el tiempo de acercarse al mostrador para decir al tabernero:

—Oye, Harold, si viene mi amigo Pat dale de beber lo que quiera y dile que me espere…

—Bien.

No estaba muy seguro de que Pat fuese.

Luego cogió un, taxi y se hizo conducir al centro de la ciudad, a un hotel de primera categoría. El portero, que ya le conocía, frunció el ceño, pero le condujo hasta el ascensor.

Le daba asco que tipos como aquel entrasen en el establecimiento, pero no había otro remedio.

El ascensorista dejó a Charly en el alfombrado pasillo del piso 34. El trabajador de los muelles se dirigió a la puerta número 3.076, a la que llamó con los nudillos.

—¡Entre! —dijo una voz desde el interior.

Charly obedeció.

Los dos hombres estaban sentados en sendos sillones; uno de ellos hizo un gesto hacia otro sillón desocupado.

Charly se dejó caer en el mullido asiento.

—Ya está —dijo suspirando.

—¿Seguro? —inquirió el más viejo de los otros…

—Sí, inspector Armer. Llegó el coche, cuya matrícula era la que usted me dijo. De él bajó una chica. Pat la llamó Peggy. Debe ser la misma. Lo que no sé es dónde se ha metido Pat. Siguiendo sus instrucciones, no le esperé.

El inspector sonrió.

—No se preocupe, muchacho. Pat está vigilado y sé lo que ha hecho al salir del Centro de Transfusiones. Fue a comprar una pistola.

—¿Eh?

—Lo que oye. Debe saber algo y desea vengar a su amigo Mac.

—Entonces, ¿Mac no murió acuchillado?

—No. La policía nos había enviado, desde hacía tiempo, la información sobre casos de muerte, junto a informes médicos que coincidían en que todos ellos habían sido seguidos por desangramiento.

»En el caso de Mac pudimos intervenir, y nuestros médicos demostraron que la cuchillada fue dada después de la muerte. Encontraron un agujero en la vena del brazo por donde sacaron al desdichado hasta la última gota de sangre.

—¡Qué horror!

—Sí, es horrible… Pero lo que ignorábamos era que esos crímenes guardaban una relación con lo que pasa en el Banco… y me refiero al Banco de Sangre.

»Por eso, cuando la denuncia de Pat llegó al FBI, ya que la policía había recibido la orden de transmitirnos toda la información relacionada con esa clase de muertes, nos acordamos de que tú, Charly, trabajabas para nosotros, como informador, en los muelles del puerto.

—Entiendo.

—Te hicimos ir a dar sangre, preparando así la entrada de Pat en el plan que habíamos forjado.

—Pero esa sangre ¿para qué la quieren?

—No lo sabemos aún. Sospechamos, eso, sí —y esto lo debemos a la investigación del profesor Quimper, que trabaja para nosotros —, que esa sangre sirve para prolongar la vida de ciertos seres que, muertos en apariencia, se convierten en instrumentos de una organización criminal.

—¡Caramba!

—Todo lo ocurrido en estos dos últimos años en el seno de ciertas compañías aéreas mundiales no es, ni más ni menos, que la acción de un hombre listo, apoyado seguramente por un profesor medio loco del que ya poseemos ciertos datos.

—¿Quién es?

—Un tal Parker.

Encendió un cigarrillo.

—Fue también gracias al profesor Quimper que investigamos en las islas del Caribe. Allí, como todo el mundo sabe, la población indígena practica magia negra y se ocupa, de vez en cuando, de los «zombies».

—¡Eso no es verdad!

—En cierto modo, sí.

—No irá usted a decirme, inspector, que hay gente capaz de devolver la vida a los muertos.

—No, desde luego que no. Pero, como te decía antes, Charly, no se trata de muertos verdaderos, sino de criaturas que sufren lo que se llama «muerte aparente» o catalepsia.

—¡Ah!

—Prácticamente están muertos. La prueba es que conocemos infinidad de casos en que médicos eminentes han firmado un permiso de inhumación de hombres o mujeres que no habían muerto verdaderamente…

—Entiendo.

—Lo que sabemos de esas islas es que se consigue «prolongar la vida» de esos «zombies» durante algunas horas, nunca más de un día. En el caso que nos ocupa, Parker ha debido descubrir alguna sustancia que permite que «vivan» durante más tiempo.

—Y esa pobre gente ¿recuerda algo?

—Quimper afirma que no.

—¿Entonces…?

—Lo primero que se altera, cuando la sangre deja de circular por paralización del corazón, es el cerebro. Se borra todo y desaparece la facultad de pensar.

—Pero ¿y esos pilotos falsos?

—Deben haberles «enseñado» a pensar de nuevo. No mucho, mas lo necesario para que sigan obrando aparentemente como antes.

»Como carecían del instinto vital, ya que en realidad no estaban vivos como lo estamos nosotros, se sacrificaban tranquilamente, estrellando el aparato cuando se lo ordenaban.

—Entiendo.

—Ese canallesco negocio ha debido procurar a los criminales una suma fabulosa de dinero.

«Porque muchas compañías han pagado, por miedo, sin denunciar el caso. Ahora sabemos, por ejemplo, que sin causa que lo justifique el Banco Swender ha aumentado su capital de forma peligrosa.

—Luego el culpable…

—Debe ser John Swender.

El ayudante del inspector, Clark, se dirigió hacia el fondo de la estancia, donde, sobre una potente emisora, acababa de encenderse una luz verde.

—¿Diga? —inquirió el joven, descolgando el micrófono.

La voz del altavoz sonó clara:

—Pat se dirige al Banco Swender. Lleva la pistola en el bolsillo… Parece muy decidido… Ha bebido una sola copa de whisky…

—Está bien. No le pierdan de vista. Vamos ahora mismo… ¿Están los hombres en sus puestos?

—Sí.

—De acuerdo. Hasta ahora. Fin y corto.

* * *

Se habían sentado los tres en la pequeña estancia, en el despacho minúsculo, cuyo sillón seguía vacío.

Parker se encontraba a gusto junto a los dos «zombies». Helen, tan hermosa como siempre, fumaba un cigarrillo.

«Son mi obra —pensaba el profesor—. Ella es una maravilla de

duración y, además, la he conservado joven y bella gracias a las hormonas que mezclo en la sangre de que se alimenta…»

Sorprendió una mirada de Jimmy hacia la muchacha.

Y Parker sonrió.

«No sería mala idea —pensó—. Uniéndolos, ¿con qué me encontraría? Un hijo de dos «zombies» ¿cómo sería?»

Se prometió mentalmente experimentar aquello en cuanto hubiese liquidado al otro.

Justamente en aquel momento la puerta se abrió.

John Swender penetró en la estancia.

Era un hombre alto, delgado, de unos cuarenta años, pero con el cabello plateado y profundas arrugas en la frente.

Se sentó tras la pequeña mesa, mirando inquisitivamente al hombre de ciencia.

—Se preguntará para qué nos hemos reunido aquí, profesor.

—En efecto. Usted prefiere servirse del micrófono.

—Es que se trata de algo extraordinario.

—Le escucho.

—Lamento decirle que nuestro negocio ha terminado.

—¿Eh?

—Lo que oye.

—Pero…

—Déjeme hablar. Hemos ganado mucho dinero. Somos poderosos o ricos. Hoy la Banca Swender puede enorgullecerse de ser una de las más potentes del mundo…

—Pero el dinero no lo es todo…

—Ya lo sé. Por eso lo he empleado y multiplicado por mil… Tenemos concesiones de petróleo, fábricas, empresas en los cinco rincones del mundo…

—Ya veo.

—Ahora le propongo que dejemos lo demás. Si siguiésemos, la policía terminaría por echarlo todo a perder. Hemos ido demasiado lejos.

—Yo no…

—Lo sé. Usted ambiciona mucho más, pero tendrá que olvidar sus quimeras. Vengo a proponerle la mitad de las riquezas que hemos conseguido. Podrá instalarse donde desee y gastar su dinero como guste.

—¡No!

—¿Sigue usted soñando en convertirse en el dueño del mundo?

—Así es.

John sonrió.

—Lo siento —dijo—. He venido a proponerle pacíficamente el cese de nuestras actividades. Destruyendo estos dos «zombies» acabamos con todo…

Su voz se hizo más dura:

—Pero yo sabía que usted no aceptaría nunca mi generosa oferta. ¡Es usted un loco! Lo supe desde que le conocí en Miami…

—Seré el dueño del mundo.

—Se equivoca.

—¿Va usted a impedirlo?

—Sí.

John sacó la mano, armada de una pistola cuyo cañón se prolongaba en largo tubo silenciador.

—¡No! —gritó Parker—. ¡No!

Pero el otro ya había disparado.

* * *

Tenía miedo…

Mucho miedo. Pero, por encima de aquella sensación que hacía que sus piernas flaqueasen, la idea de vengar a Mac le dominaba.

Cruzó la calle.

Deteniéndose ante la puerta del Banco de Sangre, sacó la navaja y hurgó en la cerradura.

Había abierto demasiadas cajas en los muelles para robar, como todos sus compañeros, una botella de whisky o alguna cosa que vender para comprarlo.

Por eso la cerradura no le causó demasiada dificultad.

Abrió la puerta.

Después penetró en el largo pasillo que estaba levemente iluminado. Recordaba perfectamente el lugar en que estaba situado el despacho desde el que había telefoneado Peggy…

O Helen.

Sonrió.

¡Si Mac le hubiese escuchado!

No se puede soñar despierto. Y ya le extrañó que una joven tan

estupenda como la que había visto bajar del coche se hubiera encaprichado de un cargador del muelle, por muy fuerte y apuesto que fuera.

¡Pobre Mac!

Pero ahora le vengaría. Y aquella bruja, por muy bonita que fuese, no podría impedirlo.

Avanzó por el pasillo.

Llevaba la pistola en la mano, el dedo ceñido al gatillo, dispuesto a disparar en cualquier momento.

Siguió avanzando.

No podía olvidar la imagen de Mac tendido en la mesa de mármol, encogido, reducido a su mínima expresión… como un pollo al que han desangrado.

¡Canallas!

Fue entonces cuando oyó un disparo.

Se quedó tieso.

El disparo había sonado muy flojo, pero él lo oyó perfectamente. Todo su valor se vino al suelo. Y temblando se volvió, dispuesto a abandonar la empresa.

Entonces los vio.

Eran doce. Doce hombres pálidos y extraños que avanzaban por el pasillo hacia él.

Se quedó helado.

Pegando la espalda a la pared, no tuvo fuerzas suficientes para levantar el arma.

Y esperó.

Pero cuando los hombres llegaron a su altura… prosiguieron su camino sin hacerle el menor caso, pasando por su lado rozándole casi.

Nunca había visto caras tan raras.

Tenían los rostros blancos, exangües, los ojos hundidos profundamente en las órbitas.

SE PARECÍAN A MAC en aquella mesa de la morgue.

* * *

—¡Adelante!

De los seis coches detenidos ante el edificio salió un grupo de hombres.

El inspector Armer, seguido por su ayudante y Charley, marchaban a la cabeza.

Brillaban en la noche los cañones azulados de las metralletas.

Penetraron en tromba, corriendo por el pasillo.

Cuando encontraron a Pat, este yacía en el suelo, sin sentido, vencido por el miedo.

Clark se inclinó sobre él, levantándose enseguida.

—Está vivo; ha debido de desmayarse.

Un alarido, en el fondo del pasillo, les hizo echar a correr.

Cuando llegaron ante la puerta abierta del pequeño despacho, un espectáculo alucinante se presentó ante ellos.

El banquero yacía en el suelo, no lejos del profesor. Habían destrozado la cabeza de John. Pero no fue aquello lo que puso los pelos de punta al inspector y a sus acompañantes.

Fue otra cosa.

Los hombres —uno de ellos había hundido un cuchillo en la garganta del banquero— se peleaban por beber la sangre que brotaba de la enorme herida.

Uno de ellos se incorporó, con el rostro MANCHADO DE ROJO, volviéndose hacia la puerta.

Armer no lo dudó más.

—¡Fuego! —ordenó, al tiempo que apretaba el gatillo de su pistola.

Ladraron las armas.

Acribillados a balazos, los hombres, incluyendo a Jimmy y a la muchacha, que también tenía el rostro tinto en la sangre del banquero, cayeron los unos sobre los otros, apelotonados en hórrido montón.

Y entonces…

Fue como en una de esas escenas cinematográficas en las que, a través de una neblina que vibra, se pasa de un tiempo a otro.

En unos instantes los cuerpos de aquellos hombres, a excepción del banquero, perdieron su aspecto, apareciendo los huesos, borrándoseles la piel en muchas partes.

Y sus cuerpos se cubrieron de miles de gusanos.

EPÍLOGO

EL tam-tam sonaba lejos, viniendo del otro lado de la isla.

La llamaban.

La mujer, de cuerpo arrugado, con la piel color chocolate, se puso en pie.

La necesitaban.

Al otro lado de la isla, alguien acababa de morir. Y la familia esperaba que ella fuera a convertir el muerto en un «zombie».

Nada más sencillo.

Recogió sus pócimas. Y sonrió. Uno de los frascos, con un líquido de color amarillo, estaba casi vacío.

Al recordar quién lo había descubierto, la sonrisa se acentuó en los labios de la mujer, que al abrir la boca mostró un pozo oscuro y desdentado…

Los recuerdos.

Hacía ya mucho tiempo. Y mientras caminaba por la selva, por el sendero solitario, recordó lo acontecido aquel lejano día.

* * *

El hombre, ya no muy joven, había llegado junto a su choza arrastrándose, muriéndose, ya que le había picado una serpiente venenosa.

Ella le conocía.

Era un profesor medio loco que la había importunado muchas veces y que, según decía, deseaba aprender la sagrada y mágica ciencia del «vudú».

A pesar de beber la sangre de su herida, de intentar salvarle, no lo consiguió.

Y el profesor murió aquella misma noche.

Pero ella sabía que dentro de aquella cabeza, ahora inmóvil,

había cosas que podrían serle útiles.

Le convirtió en «zombie».

No fue fácil.

Estuvo días y días hasta conseguir que el profesor abriese los ojos. Después, poco a poco, cuidándole con mimos, logró que recuperase su fuerza… y su inteligencia.

Durante meses el profesor y ella colaboraron en la choza. Y ella aprendió cosas maravillosas, entre ellas el poder tremendo de aquella sustancia que el profesor llamaba «angionina».

También aprendió él.

Más tarde, sin que ella comprendiese cómo era posible que un «zombie» durase tanto tiempo, él le dijo que iba a irse. Tenía grandes proyectos.

—Un día —le dijo—, cuando sea dueño del mundo, volveré.

Ella se echó a reír.

—No lo conseguirás.

—Sí. Y tú estarás a mi lado. En un mundo nuevo… un mundo de muertos… de «zombies».

Ella se encogió de hombros.

Le había dejado ir.

Y lo más divertido de todo es que el profesor se marchó hacia el mundo de los vivos SIN SABER QUE ÉL TAMBIÉN ERA UN «ZOMBIE».

FIN